





SANTACRUZ


XI certamen
de Relatos Breves


Mujeres 
2016


Susana
Ramona Cruells 


Ana
Hernández Camacho 

Noelia
Verona Martel 

Maria
del Pilar Doñate Sanz 

Maria
Cristina Alvarez Roque 

Margarita
Ginoria Tena 







XI certamen
de Relatos Breves

Mujeres



2016

Edición

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© de esta edición 2016

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© de los textos

Las autoras

Maquetación e impresión

Neocom Agency

Depósito Legal

TF 875-2016

*XI certamen
de Relatos Breves
Mujeres* 
2016

SUSANA RAMONA CRUELLS
ANA HERNÁNDEZ CAMACHO
NOELIA VERONA MARTEL
MARIA CRISTINA ALVAREZ ROQUE
MARIA DEL PILAR DOÑATE SANZ
MARGARITA GINORIA TENA

XI

Santa Cruz de Tenerife 2016



Índice

Presentación	2
M ^a Luisa Zamora Rodríguez	
Prólogo	4
Carmen de la Rosa Moro	
La Mancha de Óleo.....	8
Susana Ramona Cruells	
Lo que pintan las mujeres	24
Ana Hernández Camacho	
La de invisibles caderas.....	40
Noelia Verona Martel	
Mi vida junto a Marcos	56
Maria Cristina Alvarez Roque	
La habitación de Angélica	72
Maria del Pilar Doñate Sanz	
Mediodía radiante	86
Margarita Ginoria Tena	
Jurado	103

Presentación

“Se ha empobrecido incalculablemente la literatura con las puertas que le han sido cerradas a las mujeres”

Un cuarto propio. Virginia Woolf

Que una mujer pudiese escribir, y sobre todo publicar, ha sido durante siglos una reivindicación de la lucha feminista. Muchas autoras critican que los espacios sociales y culturales han estado y siguen estando vetados a las mujeres. Esta reivindicación, junto a las del lenguaje que invisibiliza a las mujeres, es una batalla abierta.

En el mundo literario el sexismo es cotidiano y las ausencias siguen estando presentes; y cuando en la literatura aparecen las mujeres es en el marco de una sociedad patriarcal, donde se habla de las mujeres posicionándolas en clara desventaja frente a los hombres.

En la literatura a la mujer se la ha considerado como un objeto y no se adentraba ni en lo que sentía ni en lo que vivía; las historias se contaban desde la óptica

del patriarcado, donde se presuponía que las mujeres tenían otras dedicaciones diferentes al plano intelectual como eran estar en la casa, cuidar de la familia,...es decir, estaba subordinada a los hombres, su espacio era el doméstico y el de cuidados.

La literatura escrita por mujeres, también la feminista, sigue siendo minoritaria. Las escritoras apenas tienen presencia en los libros de texto, ni reconocimiento en los premios, y en publicaciones especializadas hay más reseñas de libros escritos por hombres que por mujeres.

El Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife sigue apostando por este certamen literario en la certeza que permite promover la creatividad literaria de las mujeres y generar un espacio que permite nuevas escritoras y nuevas lectoras; así como generar espacios culturales que promuevan la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres.

Maria Luisa Zamora Rodríguez

Concejala de Igualdad del

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

Prólogo

A ambos lados del certamen

Nadie nos enseñó en el colegio, el instituto o la universidad que la primera profesional de la escritura fue la veneciana Cristina de Pizan, en el siglo XIV. A lo largo de la Historia siempre ha habido escritoras, grandes, incluso reconocidas en sus épocas, pero sus nombres se han borrado o no figuran en el canon literario.

En pleno siglo XXI las creaciones de las mujeres siguen siendo ninguneadas, con frecuencia se las etiqueta como “literatura femenina”, de forma despectiva, como si se tratara de una literatura menor. Parece ser que todavía se piensa que las escritoras no hacemos lo mismo que nuestros colegas masculinos: imaginar historias y construir personajes; plasmarlos, con talento y oficio, en el papel.

Nosotras, las mujeres que escribimos, jugamos con desventaja respecto a los escritores, sobre todo cuando nuestras obras cuestionan la visión normalizada de la

sociedad. Escribir relatos que apunten a la igualdad entre mujeres y hombres es un desafío a la desigualdad real en la que vivimos. Por eso cuando nos premian, nos publican y nos leen, se revitalizan nuestras ganas de seguir creando. Lo sé porque tuve el honor y el placer de ganar este concurso en su I y X edición, de ahí mi agradecimiento.

Como hizo Alicia al atravesar el espejo, este año he pasado al otro lado del certamen y me he convertido en jurado de las obras de otras escritoras, junto con tres personas que también aman la literatura: la investigadora en género e Islam, Lola Serrano, y los escritores, Juan Royo y Javier Hernández Velázquez. Un jurado paritario es un avance que implica mayor reconocimiento de la literatura escrita por mujeres, ojalá los jurados de todos los concursos literarios, incluido el Nobel, lo fueran.

Como escritora sé el esfuerzo, la dificultad y el riesgo que suponen escribir; como lectora y escritora sé apreciar el ritmo hipnótico de un relato, la imagen que estalla en mitad de un párrafo, la habilidad que supone hilar una buena trama. La deliberación del jurado es difícil, al final hay que elegir entre varios buenos relatos, colocar uno por delante de otro. Todos los que han sido premiados en esta edición tienen méritos de sobra.

“La mancha de óleo”, de Susana Ramona Cruells, ganó el certamen. La autora narra, con maestría y oficio, la historia de una mujer que elige ser ella misma.

“Lo que pintan las mujeres”, de Ana Hernández Camacho, primer accésit, es un relato arriesgado que denuncia con lirismo y ferocidad las opresiones y violencias a las que nos enfrentamos las mujeres.

Margarita Ginoria Tena, mejor autora local con *“Mediodía radiante”*, consigue un emotivo relato sobre varias generaciones de mujeres de una familia que rompen estereotipos.

“La de invisibles caderas”, segundo accésit, de Noelia del Carmen Verona Martel es una narración cargada de humor y de magia sobre la imagen corporal de las mujeres.

En *“Mi vida junto a Marcos”*, tercer accésit, María Cristina Álvarez Roque construye con delicadeza una historia de violencia y reconstrucción.

Un relato histórico muy bien armado, sobre cómo una mujer defiende sus derechos como ciudadana, es *“La habitación de Angélica”*, cuarto accésit, de María del Pilar Doñate Sanz.

En todos estos relatos las protagonistas encuentran maneras de vivir sin renunciar a su propia identidad. Las mujeres reales, de carne y hueso, necesitamos referentes de ficción que nos muestren nuestras potencialidades, que nos reflejen y que hablen de los temas que nos interesan.

No olvidemos *nunca* que la imaginación conforma la realidad, que las personas estamos hechas de sueños y de carne; de razón y de fantasía. Y que las mujeres necesitamos contarnos con nuestras propias palabras, perspectivas y voces.

Carmen de la Rosa

Escritora y médica rehabilitadora



PRIMER PREMIO
LA MANCHA DE ÓLEO

Susana Ramona Cruells

Susana Ramona Cruells

Nació en 1958 en Tartagal (Salta - Argentina), y ejerció como médica durante 20 años en ciudades y pueblos de la Patagonia. Se establece en Buenos Aires en 2002, e inicia el curso de escritura creativa en la Universidad Católica Argentina, dictado por el Licenciado Alejandro Tloupakis. En la actualidad continúa asistiendo a su taller particular, fuera del ámbito académico.

Tomó clases de Guión y Sicología de los Personajes, en Guionarte.

Es autora de cuentos, varios de los cuales han recibido reconocimientos en certámenes literarios de distintos municipios de la provincia de Buenos Aires: 3er Premio en el Certamen Internacional de Cuentos Junín País 2010, por "Mudanza". 2do Premio en el Concurso Nacional de Literatura Tres de Febrero por "Bigamia", en el mismo año. En 2013 su libro de cuentos "Mundos humanos" recibe la 2da Mención en el Certamen Nacional Adolfo Bioy Casares. El cuento "Jacarandá" recibe en 2016 la Mención de Honor en el concurso Nacional de "Relatos Médicos". Escribió el libro Año de Boda, y la biografía de su madre en el libro Flashes de la Memoria.

Su escritura se nutre de la observación perceptiva de la realidad y los conflictos humanos, por lo que otorga a sus cuentos fuerte impronta social.

La mancha de óleo

1º PREMIO

Dejo el departamento de mi amiga antes del amanecer. Sola. Guardo la mano izquierda en el bolsillo de la campera y sostengo con fuerza el boleto de autobús, como si esa fuerza pudiese ayudarme a mantener la decisión que había tomado. Frente al andén donde se anuncia la partida, lo miro una vez más: Buenos Aires / Caleta Olivia Coche cama / Butaca 12 Individual / Salida: lunes 15 Abril 5:00 hr. / Llegada: martes 16 17:00 hr. La angustia me pisa el pecho y el cansancio me duele en el cuerpo. Subo a ese colectivo por puro instinto de supervivencia.

Con la cabeza pegada al vidrio miro el reflejo de mis ojos tristes. Las ojeras me dan una edad que no tengo: vieja a los 34 años. Cierro los párpados y apoyo la cabeza en el asiento. Sólo cuando el micro inicia la marcha le permito a la mente rodar hacia atrás: mi vida en dos mil kilómetros.

No tengo recuerdos en los que falte Rubén. La memoria me lleva hasta los 5 años. Más atrás resulta confuso, aunque creo que si pudiese recordar, allí estaría él.

Crecí en un barrio de empleados estatales donde todos nos conocíamos. Las casas diferenciadas por categorías. En las calles bajas como cayéndose al mar, las de madera, simétricas, con techos de chapa roja. Una de esas, era la nuestra. Y había de las otras, como en la que vivía Rubén, las de los ingenieros, en la cuesta de la meseta, custodiadas del viento patagónico por álamos añejos. Mamá siempre resaltaba que ésas, eran de material. Ese detalle parecía ser muy importante para ella. Y acentuaba esa palabra “material”, como una crítica hacia mi padre. Yo me preguntaba de qué estarían hechas para que mamá las deseara tanto. Para nosotros los chicos eran todas iguales.

Rubén y yo, jugábamos a la guerra de bombitas durante los carnavales en la escuela. Yo era rápida para llenarlas en la canilla del patio y ponerlas en un balde con agua. Él, que elegía ser de mi bando aunque me llevaba un par de años, las pasaba a otros baldes, organizándolas por color. Me resultaba divertido, pero un poco lento, y confieso que nunca entendí para qué juntaba los restos de gomitas y los nudos que quedaban pegados en las paredes del patio después de las batallas.

Cuando el espejo cobró protagonismo en las luchas adolescentes por la autoestima, descubrí de otro modo a Rubén.

Se había transformado en un flaco alto con ojos muy verdes y el pelo muy crespo disciplinado con gomina. Usaba tanta, que yo reprimía la tentación de darle un golpecito en el jopo para escuchar qué sonido haría. Porque el pelo de Rubén parecía como de madera barnizada. Jamás me dejó que lo tocara. Un día, hasta apretó mi mano muy fuerte con gesto de disgusto para evitarlo. Me había quedado doliendo, aunque nadie más se dio cuenta.

Rubén me gustaba, sobre todo que me ayudara a emprolijar mis carpetas. Decía que era muy importante que todo estuviera subrayado de azul. Si él lo decía, debía ser cierto. No en vano las profesoras lo ponían de ejemplo. Así que oculté para siempre la birome gruesa multicolor en el fondo de la cartuchera.

Estar con él pasó a ser algo necesario. Me daba seguridad y además, resultaba un guía perfecto: Que no hablara muy alto en la confitería. Que no hiciera globos con los chicles. Que no le pasara la lengua al helado. Que apoyara los cubiertos sin ensuciar el mantel. Para mí, lo sabía todo.

Lo aparto de la mente cuando aparece la azafata con el desayuno. Después de haber pasado un día a té y lágrimas me supo a manjar. Me tapo hasta el cuello con la manta y reclino el asiento. Amanece. Como yo, pienso. Con los ojos cerrados, continúo desandando los recuerdos. La mente hurga con sadismo en la memoria, y se empeña en encontrar señales inadvertidas en las situaciones del pasado. Alguna luz amarilla de precaución que yo, ingenua, pasara por alto.

Terminábamos el secundario cuando quiso ser mi novio. Yo la verdad, lo quería desde antes. Pero él era así: Lento. Pensaba mucho las cosas. Eso a mamá le encantaba, a papá no tanto. Que él sea tan serio. Pero yo estoy segura de que lo que más le gustaba era que viviera en una de las casas de material y que además, quisiera ser ingeniero. Por eso había dejado de lamentarse de que yo optara por el arte.

— Pintar cuadros no te va a dar de comer —decía con voz chillona— ¡Más te vale que no dejes escapar a Rubén!

Detenía la frase con los ojos en blanco y las cejas arqueadas. Una esmerada representación que papá sabía neutralizar haciéndome un guiño cómplice. Eso a mí me bastaba. Guardábamos en secreto el orgullo que

él sentía porque yo llegase algún día a ser artista.

En la época de facultad seguimos siendo vecinos con Rubén. Él alquilaba un departamento comprimido donde cada cosa ocupaba un lugar preciso. No le aburría la soledad. Yo, en cambio, me había instalado en una ruidosa pensión en el centro de Buenos Aires, donde los cuartos daban a una cocina céntrica, con la mesa lo suficientemente grande para albergarnos a todas. Instalé el atril en el costado opuesto al rincón del televisor. Las chicas me dejaban desparramar los acrílicos y aguantaban sin quejarse el olor al solvente que impregnaba los pinceles.

Todas me envidiaban el novio. Decían que era perfecto. No conocían ningún otro chico que doblara los pulóveres o colgara la campera que yo dejaba tirada por cualquier lado, y que además, barriera las migas de los polvorones después de tomar la merienda.

— Es el hombre ideal para una pintora como vos —decían entre risas, burlándose de mi desorden.

Viajar en autobús resultó una buena decisión. La interminable ruta hacia el sur me regala el tiempo necesario para escrutar a la mujer insegura y sumisa en la que me había convertido. Intento descubrir el

momento preciso en el que dejé de ser yo. Busco a la pintora espontánea y desordenada que a fuerza de malas decisiones había desaparecido. El horizonte rojo del atardecer se parecía a la mancha de óleo color magenta sobre la mesa nueva de Rubén, que marcó el comienzo de mi extinción.

Estrenábamos nuestros títulos cuando nos casamos. El diminuto departamento de él no estaba preparado para albergarme. No había lugar para el atril. Rubén consideró que el balcón sería el sitio ideal para mis pinturas.

— Por el olor del óleo —aclaró.

Yo podría entrarlo sólo cuando él no estuviera. También ordenó los pomos de pintura por colores — como hacía con las bombitas de carnaval— dentro de una caja de madera con divisiones.

— Para que no queden tirados —me dijo.

No imaginé que unas manchitas de óleo sobre la mesa pudieran amargarlo tanto. Se la pasó probando no sé cuántos líquidos hasta que logró devolverle el color original a la madera. Desde ese día comencé a pintar parada sobre el plástico que Rubén con mucho criterio, había comprado para cubrir mi rincón de trabajo,

incluidos los sillones.

Al tiempo dejé de pintar. Resultaba muy complicado. A cambio, llenaba las tardes ordenando cada cosa en su lugar para que él estuviese feliz.

Los fines de semana hacíamos la limpieza general, como él la llamaba. Vaciábamos los estantes de los placares, en especial del mío. Acomodaba ropa, por texturas y colores.

— Con el orden te ahorrarás un tiempo valioso — decía convencido de que me hacía un gran favor.

Seguía siendo la envidia de mis amigas, con sus maridos desordenados e indiferentes. A Rubén en cambio, nada se le escapaba, percibía el piso aspirado y el lustre de las superficies. No sé si por el olor a limpio, o porque invariablemente pasaba el dedo sobre los muebles cuando entraba a casa mientras yo contenía la respiración.

Como hace ahora el chofer del ómnibus, Rubén conducía mi vida. Aceleraba o cambiaba de rumbo sin quejas por parte de la pasajera en la que me había convertido. La muerte de mi padre fue para mí tan dolorosa como una frenada brusca que me despidió

al vacío. Quedaba huérfana de la única persona que me disfrutaba como era, y víctima de la extrema consideración de Rubén.

— Ni pienses en dejar sola a tu madre a dos mil kilómetros de nosotros —me increpó con los ojos tan abiertos como si yo fuese un monstruo la única vez que intenté oponerme a sus planes.

— ¡Pero ella tiene su casa, sus amigas! —me defendí—. Sabés que acabo de tomar alumnos para dar clases.

— ¡No podés ser tan egoísta! —me contestó terminante—. Archivarás tus alumnos para otro momento. Ahora preparemos el cuarto de huéspedes.

Mi madre se mudó con nosotros al nuevo departamento de dos cuartos, de modo que mi atril seguiría en el balcón, y las clases de pintura canceladas. Él hizo lo que consideró correcto una vez más, sin escucharme. Más que otra pasajera, mamá pasó a ser el copiloto de Rubén. Se transformó en su eco. Me parece escucharla...

— Tendrías que ser más cuidadosa cuando pasás la aspiradora, —me decía persiguiéndome por la casa— tiene razón Rubén, estás rompiendo el revoque de las

paredes. Sos tan poco detallista como tu padre, no hay caso, Dios le da pan a quien no tiene dientes—, y suspiraba con resignación antes de terminar:

— Ojalá yo hubiese tenido un marido como el tuyo...

El día que Rubén compró nuestro primer auto, llegó exultante. Era uno gris, mediano. Con caballerosidad abrió la puerta para que yo subiera adelante, pero como sucedía a menudo, algo hice mal.

— ¡Cuidado con los zapatos querida! —gritó— ¿no ves que marcaste la puerta con la suela sucia? —y después de limpiar con el pañuelo, terminó dando una nueva orden:

— Mejor sacátelos antes de subir.

— Tenés toda la razón Rubén —comentó mamá ya instalada en el asiento de atrás. Descalza.

Después de la cena, decido mirar la película que proyectan en el pequeño televisor sobre el asiento de adelante. Es una comedia romántica, de esas donde las parejas desaparejas terminan siendo felices. La copa de vino me ayuda a dormir, pero la mente hace zancadillas

una vez más y caigo en un sueño intranquilo saturado de imágenes. Atrapada entre ellas y la vigilia, con la conciencia aún adormecida trato de ordenarlas.

Elegí la época feliz en que por fin me atreví a imponerme. Había aceptado el nombramiento de profesora de arte en un secundario cerca de casa, ignorando por primera vez la perorata de Rubén y los sermones de mi madre.

— Es ridículo —manipulaba ella— no entiendo, no te falta nada —y repetía para provocarme culpa—: en lugar de atender a tu marido como se merece...

Los ojos en blanco completaban la frase inconclusa.

— Es un capricho —enunciaba Rubén— te advierto que aunque trabajes, no voy a permitir que entre una empleada a esta casa porque nadie cuida las cosas como el dueño —me amenazaba por lo bajo.

Mi emancipación fue breve, hasta que encontré a mamá tirada en el piso del living, junto a la aspiradora, con la cadera quebrada. La silla de ruedas condenó a mi madre y también a mis proyectos hasta su muerte tres años después.

Es mediodía, ya faltan escasas horas para llegar. Descanso la mirada en el mar que interrumpe la monocromía marrón de la meseta. Suspiro profundo, el aire entra ahora a mi pecho con facilidad y la angustia se disipa. Vuelvo a observar mi reflejo en el vidrio y descubro que puedo sonreír con lágrimas. La velocidad del ómnibus borrona la banquina, y me esfuerzo para detener la vorágine de acontecimientos de los últimos días en Buenos Aires.

Rubén había llegado antes de lo habitual de la oficina para buscarme. No quiso anticipar nada. Manejó hasta un barrio residencial, salió de la avenida para doblar sobre una calle empedrada. Aminoró la marcha y estacionó frente al garaje de una casa blanca. Bajó para abrir el portón y después que entró el auto, me invitó a bajar. La casa se parecía a esas de material que tanto había añorado mi madre. No era grande pero estaba rodeada de verde y de luz. Mis ojos, fijos en el altillo con la gran ventana, hablaban por mí.

— Quería que fuese una sorpresa —me dijo.

Abrió la puerta y no le di tiempo a recorrer la planta baja, en cambio, subí las escaleras con el desenfreno de un chico. Llegué al altillo en pocas zancadas. Era un espacio con techos blancos de madera a dos aguas

y ventanas a la calle y al jardín. Me introdujo entre el violeta del jacarandá de la vereda y el naranja de las flores del patio. Luz a raudales, sin duda el lugar ideal para pintar. Rubén llegó después, a su tiempo. Largó una carcajada cuando me colgué de su cuello para agradecerle.

—Sabía que iba a gustarte —me dijo separándose del abrazo para recorrer el lugar—. Acá, justo bajo esta ventana —señaló la que daba adelante— irá mi escritorio, y frente a la otra, el sillón de lectura.

Me tomó por la cintura para besarme.

— El nuevo gerente de la compañía se lo merece ¿no te parece?

Esta era la manera de comunicarme las novedades, como hechos consumados. Recibí el abrazo como el golpe final, y degusté la frustración hasta que volvimos al departamento. Rubén no paraba de diseñar los lugares de la casa. Ningún ambiente era un espacio para mí.

Disimulé hasta que nos mudamos cinco días después. En ese último fin de semana trabajamos sin descanso. Cada cosa quedó instalada en el lugar que a él le pareció más conveniente. Esta vez mi atril y las cajas con los

óleos y pinceles quedaron en el garaje.

El andar bamboleante y suave sobre el asfalto cambia de repente. Asomo la cabeza por el pasillo y veo por el parabrisas el cartel de desvío. Nos alejamos de la costa y comienza un traqueteo incesante en el camino de ripio. De pronto un sacudón, y el autobús derrapa, cruzándose a la banquina contraria. Un sonido sordo, y detiene la marcha. Todos abajo, hasta que lleguen refuerzos, explotó una cubierta. La rueda había resistido un trayecto demasiado largo, y las piedras puntiagudas terminaron con su resistencia. Mientras camino entre las matas achaparradas, pienso que a mí me sucedió lo mismo. La fatiga de los materiales debe ser algo muy semejante al hartazgo. Yo también derrapé. El primer lunes, en la casa nueva, despedí a Rubén con un beso y recibí las recomendaciones habituales del mantenimiento. Le sonreí mientras él sacaba el auto y cerré la puerta. Me llevó poco tiempo guardar la ropa de abrigo en un bolso, vestirme de memoria y dejar la habitación que ya no era mía. En la cartera coloqué los documentos, la vieja libreta de mamá, un manojito de llaves y el dinero que Rubén asignaba para los gastos de la semana. A las tarjetas de crédito, en cambio, las tiré sobre la cama. Llevaban grabado su apellido, que yo no volvería a usar. Caminé hasta el garaje para buscar la caja con los pomos de acrílicos, disfrutando cada movimiento, sin apuro, como si fuese el estreno de una

obra muchas veces ensayada: Hice cortinas con tiras del plástico que una vez usé para cubrir los muebles. En lugar de paleta, apliqué los chorros de pintura sobre la mesa para mezclar los colores. Con un rodillo mediano y un par de pinceles me dejé llevar, haciendo de cuenta que pintaba un fresco sobre la pared más ancha del living, justo detrás del sofá, que también recibía trazos de óleo. Cuando terminé, quedó mi carcajada en un enorme autorretrato, dentro de una jaula amarilla con la puerta abierta.

Llega el ómnibus de refuerzo y reanudamos la marcha. Sonríó sin pena cuando miro los restos de pintura bajo las uñas. Lo que queda del trayecto es sereno. En una curva a lo lejos veo los tanques petroleros que anuncian la llegada a Caleta Olivia. Entramos por el boulevard del centro hasta la terminal. Disfruto el viento cortante mientras espero el taxi, me había olvidado de su intensidad. Indico al chofer la dirección:

— Avenida Costanera 368, la casa de mis padres. Mi casa —aclaro con voz firme.

— ¿Viene de visita?

— No, a quedarme. Voy a instalar una escuela de arte.

A large, abstract, grey brushstroke graphic that resembles a stylized letter 'A' or a similar shape, positioned behind the text. It has a thick, textured appearance with soft edges, suggesting it was painted with a brush. The stroke starts at the top left, goes down, then curves to the right and then back down to the bottom left, with a smaller stroke extending from the top right towards the center.

PRIMER ACCÉSIT

Lo que pintan las mujeres

Ana Hernández Camacho

Ana Hernández Camacho

Nació en Ciudad Real, en 1986, pero al alcanzar la mayoría de edad empezó a vivir en Segovia donde se licenció en Publicidad y Relaciones Públicas.

Y de ahí a Newcastle, para aprender inglés, Madrid, Cuenca, Amsterdam y Perugia (IT), donde finalizó el grado en Periodismo gracias a una beca Erasmus.

Ocho años después de haber vivido ya en ese país, llegó a Bristol como periodista donde trabajó en infinidad de bares y como profesora de instituto enseñando español en Reino Unido.

Actualmente vive en Tenerife, donde hace el doctorado en Estudios de Género en la Universidad de La Laguna.

Como periodista ha trabajado en diversos medios, llegando incluso a ver el cierre de un periódico y una revista. Pero siempre ha mantenido la costumbre de escribir en paralelo en 'Hache Sorda' y de empezar cosas nuevas. Ahora juega al balonmano y toca la trompeta.

Ha escrito desde siempre, empezó como finalista seleccionada para el Certamen Relatos Coca-Cola joven, 2000. Obtuvo el Primer premio en el Certamen de Microrrelatos de la Universidad de Castilla La Mancha, 2013 y fue finalista en el I Certamen de Microrrelatos "San Isidro Labrador", Letras como Espada, 2015.

Lo que pintan las mujeres

1º ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Tres palabras

“Me estoy acojonando”. Tres palabras que volaban desde Galicia a Madrid a las dos y media de la madrugada.

Podrían haber sido otras, las que fueran. Cualquiera menos esas. “Qué hambre tengo, estoy deseando llegar, te quiero mucho, nos vemos pronto”.

No hay derecho, también son tres palabras. Lo mismo que: la mala educación.

Esa que le falta a todos los que asustan. Esa que no consigue que paréis, que no hace que no nos toquéis. Esa falta de todo que Diana ha escuchado en A Proba. Hace tres malditos días como las tres sucias palabras

que resonaron en el camino de vuelta a casa: “Morena, ven aquí.”

Ya no contestaba. Tres más. Otros tres golpes que caen de nuevo sobre todas. Dejados en paz, también son tres.

Todas las mujeres malas

Si uno lee la Biblia descubre dos cosas. Primero, que tiene una lírica sublime. Segundo, que la mujer no vale nada. Sin salir del Génesis, y con un par de frases a modo de resumen, se pueden contemplar los años por los que ha ido pasando esa que no vale nada. He aquí la sentencia que hace de síntesis; “multiplicaré los dolores de tu preñez, parirás a tus hijos con dolor, desearás a tu marido, y él te dominará”.

Cerca de 2000 años después, ayer, a mis amigas y a mí tampoco nos hizo falta salir del Génesis para descubrir que todos esos lustros, más que históricos, han sido estoicos. O lo que es lo mismo, fuerte, ecuánime ante la desgracia. Y la desgracia no es otra que ser considerada feble cuando en realidad se es fuerte. Y la desgracia no es otra que retroceder, ceder y sucumbir.

Y yo no sé que clase de camino están escogiendo muchas de las jovencitas que tras de mí nacieron, no sé si comulgan o no con la Biblia. No sé que les pasa, pero es fácil creer que desean ser infaustas. Basta ver que dejan que les controlen el WhatsApp, que les digan cómo vestir, o quien tiene que estar en sus camas. ¿Dónde están vuestros libros? ¿Dónde está vuestro respeto por vosotras mismas?

Os invito a ser malas. Os invito a ser fastidiosas. A molestar, a saltar, a equivocarse, a no amedrentarse. Y os invito por una razón muy sencilla, por los resultados. Os invito porque Eva fue mala. Ella cometió el pecado que condenaría a la humanidad a la mortalidad y a la vida terrenal. Helena fue mala. Mata Hari fue mala. La reina Vasti fue mala, y Ana de Mendoza y María Antonieta. También Mary Read y Anne Bonny, y Juana, que fue loca, que a efectos es lo mismo que mala. Y todas las Madame Bovary fueron malas, y todas las meigas. Pecadora lingua de mala muller. Todas malas. Y tantas otras. Os invito porque si Helena era mala, también era fuerte, decidida, bella y valiente. Porque era inteligente. Lo mismo que vosotras, jovencitas.

Puntos

Tres puntos de sutura la primera vez, siete y ocho la segunda y la tercera. Uno con nueve en matemáticas, treinta y ocho de pie y lo mismo tumbada. Diez puntos del tema seis que saqué a los dieciséis. Cinco puntos por portarme bien, doscientos cincuenta y tres si me caso. Si no lo hago, eliminada. Siete puntos en selectividad y uno sobre tu nombre. Los mil puntos del mantel y la educación. No cuentes tus penas, no seas obscena, céntrate, trabaja, sé algo, sé buena, sé guapa, sé (se) ñorita.

Los infinitos puntos que hay entre tu casa y la mía. Los puntos de vista y los de tu espalda, los tres que ahora tiene el sofá de aquella vez que nos dibujamos el cuerpo. Los puntos del juego, y la cortesía. La edad, que importa un pimiento porque da y quita puntos por igual. Los del carnet de conducir, los de la tarjeta de crédito y los de Renfe. Los puntos de Paula en el abdomen, y los que hay que seguir para querer y dejar a alguien. Siempre se atasca en el punto tres- quiéreme.

Volver a respirar, doce puntos con descuento; veinticuatro si no eres habitual. La belleza son dos puntos; yo soy guapa (uno), tú no eres tan fea (dos).

Tus pecas son puntos que llevo yo. Los puntos de venta, una y otra vez. Los de mira para las escopetas. Los puntos muertos, cada día un instante volver a pensar en ti. Y la tortura sigue sin puntos.

Los puntos sobre las íes. Los sobresalientes y los del ganchillo, que no hay que perderlos. Los de la vecina sobre su marido y los del marido sobre la mesa. Si tienes un hijo más puntos. El punto limpio. El de encuentro, el punto y seguido, el final. Los puntos cardinales. Los puntos pican. Y punto.

Los puntos para adelgazar y los que hay para matar a alguien. Los puntos de presión, los de la curva y los de geometría. Los puntos paramétricos. A punto de caramelo, de nieve, de cruz, de arroz.

¡A punto de estallar! Que exploten todos los puntos menos dos.

Te van a llamar gorda

Te van a llamar gorda. Pero no van a usar esa palabra, darán rodeos y usarán eufemismos. Hermosa, no pasas hambre, qué bien te cuidas, ancha, hinchada, rellenita, fuerte, grande, comes a pares.

Se fijarán en tus muslos y en como tienes la barriga. Tu barriga, sí. Esa que te ha acompañado siempre, la misma que ha soportado que te guste la vecina o que suspendas medicina. Tu carne es de interés público. Van a mirar como tienes los tobillos o cuanto te cuelga de los brazos. Si por detrás te sale carne del pantalón o si por delante se te nota el buen vivir.

Se van a comparar, se van a sentir mejores cuanto menos tengan. Te van a hacer sentir peor cuanto más poseas. Se van a encantar si sus piernas son más pequeñas que las tuyas, se van a vanagloriar si no tienen curva bajo el botón. Si no le rozan los muslos o no le pica debajo del culo.

Te van a decir gorda estés como estés, porque no se trata tanto de tus kilos sino de los suyos. Van a creer que te importa, que te molesta, que te amilana. No van a comprender que estés rellenita de valores, hinchada de amor. Qué sí, que te comes las mentes a pares, que sí que

es grande plantar cara, que no cuerpo. ¡Qué hermoso es que me vuelva loca tu barriga!, y que de lo que me cuido bien es de cuerpos vacíos.

Que sí, que la buena vida está llena, es ancha, es fuerte.

No te asustes si te llaman gorda, no pasa nada si solo tienes doce o ya has cumplido los veintinueve. No sucede nada por caerle gordo a alguien o montar la gorda de vez en cuando. No lo olvides.

Las chicas que besáis

No se desmaquillan todas las noches, ni siquiera se maquillan todos los días. Respiran fuerte, tosen, roncan, se ahogan, se desahogan. Comen, a veces, como si recientemente hubieran salido de la cárcel. Maldicen, insultan al volante, se hurgan la nariz, se colocan las bragas, se desprenden del sujetador, se tocan y te tocan. En la ducha, en la cama, en el cielo.

Chistan, mandan, callan y ofenden. Insultan poesía, saben que mañana todo será diferente. Tienen los dedos agarrotados del frío y la lengua congelada. A veces ni

pelean si quiera, pero no abandonan. Pasan toda la noche viendo series, y el día entero con los oídos sordos. Esperan mensajes concretos, analizan en sujeto, verbo y predicado. Saben que el verbo es palabra y miembro y que uno puede ser prioritario como el Padre, que es principio. La triste armadura en el armario, los libros primero.

Cuando lloran no hacen ruido; pero ay cuando creen que algo no merece la pena, entonces suenan las campanas de la liberación. Sueñan con ir a otros sitios, pero prefieren no salir de la cama. Pueden vivir con la cabeza en otro lado, y se auto insultan muchas veces.

Las chicas que besáis se conocen todas tus obras. Cada momento, cada verso. Están hartas de todo y en todas partes. Recobran la alegría con una canción. La cagan, qué tortura para ellas. Saben a ciencia cierta cuando las besas. Qué escándalo cuando ríen. Tienen amonestaciones por beber mal, por robar, bailar, vestir, mentir, huir. Las chicas que besáis se sientan a la mesa pensado en abril, cuando todo cambia. Hacen teatro, trabajan en hospitales, son fieles lo mismo que infieles, son camareras, profesoras y mecánicas. Las chicas que besáis son las que besamos nosotras mismas primero, cada mañana.

Tú no sabes (a nada)

Tú no sabes lo que es volver a casa con miedo. No sabes lo que es que te coman en mitad de la mierda, sin querer. No tienes ni idea de cómo lavar unas sábanas llenas de sangre ni de cómo funciona la aspiradora del olvido.

No sabes usar la cabeza y te parece que todo es tuyo. Pero ni siquiera sabes qué hacer cuando llueve. Tú no tienes ni idea de lo que significa estar alerta, ni sabrías diferenciar mi dolor de un bidón lleno de cansancio.

Tú no sabes lo que es caminar de noche, no sabes lo que es que los zapatos suenen ni lo que significa pisar machacando el corazón.

Tú no sabes lo que es temer no volver a casa.

Dos veces tu sueldo

Soy un sumidero atascado. Si me dejas a solas y vuelves en un rato habré tragado un porcentaje del total; lo justo para que pueda usarse de nuevo. Cuanta terquería. Soy uno de esos trastos viejos con vida moderna. Casi como

si hubieras arreglado cien mil veces el cargador de tu ordenador, ese cable que tiene diez veces un empalme y si lo llevas a arreglar te dicen que es vintage.

A veces me dejo bigote, para cambiar de perspectiva. Son cuatro pelillos de adolescente mal puestos, pelos de pierna pero que cumplen su función. No me queda mal, incluso me favorece cuando voy a comprar al indio que hay junto a mi casa. Me trata como un igual y deja de mirarme las tetas. Otras veces me pinto los labios pero voy en pijama, también para tener otro punto de vista. De los que me observan porque el mío es siempre el mismo. Desesperado, como un sumidero atascado.

Sólo los días peores me imagino que me rindo, dejo el trabajo y abandono para siempre mi sueldo menor. O que me caso contigo y me amenazan con no embarazarme.

Los mejores días salgo al tejado y miro al vacío. Observo a la gente que parece tan normal que asusta. Seguro que esto algún día es anormal, seguro que de un momento a otro empiezan a protestar y todo cambia. Como para tranquilizarme, claro.

Date cuenta que si el agua no corre por el sumidero es porque un montón de mugre y basura está atascado dentro. Esto va a desbordarse, son años sin ir a comprar

un desatascador. Tanto tiempo tragando que necesitamos una bomba de succión.

Mis padres machistas

Mis padres eran machistas así que sólo salvaron a mi hermano. Ignacio tuvo todo; un disfraz de Chewbacca, una linterna con varias funciones y rayo láser, uniforme y excursiones a Madrid, regalos de compensación y de felicitación, dos tijeras y un montón de revistas. Cuando se cansó de las revistas y una de sus tijeras, que no cortaban bien, las heredé yo. No me quedó otra que hacerme artista, empecé con collages y acabé entre mujeres desnudas con tatuajes.

También tuvo nada, Ignacio nunca tuvo que hacer la cama ni poner la mesa, nada de hora para volver ni excusas para salir. Claro que cuando una novia que tuvo lo invitó a su casa de San Sebastián y le dijo que pusiera la mesa, Ignacio se desmayó y llamaron a papá; fue a buscarlo en coche. Pobrecillo.

Él nunca montó en bici en Italia, no tuvo que esperar al autobús ni se mareó en mitad del tranvía. Una vez fui a un parque a dar las gracias por no haber nacido

como Ignacio. Pequeño y corto, abandonado entre dos grandes conflictos. Como las infancias en México, que lidian entre dos montañas. Pero nadie repara en ellas.

Al ser mis padres machistas mis amigas y yo íbamos a mi casa a divertirnos; nos sentíamos como hippies ante un escuadrón de la guardia civil. Bueno, íbamos también por los pastelitos y los canapés. Se reunían cada domingo para comentar y decidir cosas de su condición. Fijaban el toque de queda y los centímetros de la falda, es que la mayoría tenía estudios superiores relacionados con la teoría de cuerdas. Todo era un tira y afloja. Pero al final es como siempre, que tienes dos opciones, tomarlo o dejarlo, como las lentejas.

Matriz

A la hembra del caballo se le llama yegua. Yegua en América Central es también colilla y una persona estúpida y tonta. Y en Cuba y Uruguay mujer grosera. Y sólo en Cuba, hombre homosexual.

A los equinos se les empezó a domesticar en Kazajstán; que es un país situado en su mayoría en Asia

Central, pero que tiene una pequeña parte en Europa, al oeste del río Ural. Es el noveno en tamaño mundial y cuenta con veranos cálidos e inviernos fríos. El setenta por ciento de su población es de religión musulmana. Luego vienen los cristianos. Y además, tiene el festival de cine Evraziya; pero claro nadie sabe nada de gatos persas ni de caballos kazajos.

Si las mujeres fuéramos equinos seríamos yeguas. Lo que pasa es que nosotras no somos una colilla que se puede tirar ni tampoco aplastar, claro. No hacemos migas con la estupidez y sabemos situar Kazajstán. La grosería, sólo para ocasiones especiales. Como cuando nos dicen qué hacer con el útero, que es una cosa tan nuestra como de las hembras de los mamíferos. Matriz en minería es una roca en cuyo interior se ha formado un mineral. Justo como nosotras mismas. ¡Ah! Y también es una entidad principal generadora de otras.

..... Lo que pintan las mujeres



SEGUNDO ACCÉSIT

La de invisibles caderas

Noelia Verona Martel

Nació en Las Palmas de Gran Canaria (Islas Canarias). Ha cursado estudios de Derecho en Madrid, Antropología en Michoacán (México), Escultura en Madrid y Artes Gráficas en Michoacán (México) y Betanzos (Galicia).

Como escritora obtuvo el primer premio en el Certamen “Relatos Cortos de Mujer” del Ayuntamiento de Telde (Gran Canaria) en 2008. También ha sido finalista en otros cuatro certámenes de relato corto de ámbito nacional. Recientemente ha escrito, ilustrado y autoeditado el cuento infantil “Wendy, la valiente tomate cherry”.

Como artista ha realizado diversas exposiciones individuales y colectivas de pintura y grabado en Gran Canaria, Madrid, Salamanca, Betanzos y Oviedo (España) y Michoacán (México).

Como antropóloga recibió el Premio Rigoberta Menchú 2008 del Ayuntamiento de Valladolid de Investigación con el trabajo “Más Allá del Cuerpo Transparente”.

Su obra, tanto desde la antropología como desde la literatura y en gran parte también desde las artes plásticas, gira en torno a la construcción cultural del cuerpo, los derechos humanos, la igualdad de género y la interculturalidad. Vive la escritura como una necesidad, a veces como una urgencia.

La de invisibles caderas

2º ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

“Nada puede resistírsele a una gran bruja, ni el amor ni la locura, ni el cuerpo ni el alma”. Lucrecia no dudó en arrancar el anuncio pegado en la farola enfrente de su portal. CURSO VIRTUAL. APRENDA MAGIA EN SEIS SEMANAS. Era exactamente lo que buscaba. Al día siguiente llamó por teléfono y pagó la inscripción. Esa misma semana compró un modesto portátil de segunda mano y lo plantó en la mesa del salón comedor. El desconocimiento de internet no fue obstáculo para sus disciplinadas manos de cocinera, ni para su férrea voluntad de luchadora incansable. En pocos días navegaba por la red a duras penas, pero con la destreza suficiente para seguir las lecciones de su curso de técnicas mágicas.

La jornada de trabajo en la cocina del restaurante le resultaba agotadora. A las seis y media de la mañana

comenzaba a preparar desayunos, descansaba dos horas al mediodía y salía después de organizar el menú de la cena, pasadas las ocho y media de la tarde. Durante gran parte del año abandonaba la casa antes del amanecer y volvía también con la luna.

Comenzó el curso de magia con el mayor de los entusiasmos. Ansiaba el momento de volver a su apartamento. Con largas zancadas atravesaba el salón desabrochándose la ropa. Ya desnuda, se dirigía al baño para sacudirse la dura jornada con una buena ducha. El agua arrastraba hacia el desagüe el olor a fritura impregnado en su cabello y en su piel, también una parte del cansancio; había otra, reflejada en las dos grandes bolsas bajo sus ojos, que ya se había convertido en parte de sí misma. Más fresca, se dirigía al dormitorio, buscaba un camisón y con él puesto iba a la cocina, servía un vaso de leche y se plantaba frente al ordenador

Cada noche, de lunes a domingo, dedicaba dos horas al aprendizaje de hechizos y secretos. Leía, releía. Con su letra grande y redonda anotaba mejunjes y conjuros en la libreta comprada expresamente para el curso. Después realizaba las tareas de cada unidad didáctica peleándose con el teclado del ordenador, las letras burlonas siempre jugaban al escondite con sus dedos. Cuando su cuerpo aterrizaba en la cama, los párpados

caían pesadísimos sobre los ojos enrojecidos. El sueño llegaba de golpe, como una gran ola que con su ímpetu anegara el pequeño mundo de Lucrecia, repleto de palabras mágicas y códigos secretos.

“Nada puede resistírsele a una gran bruja, ni el dolor ni la locura, ni el cuerpo ni el alma”. Lucrecia estaba convencida de que con los nuevos conocimientos haría desaparecer sus anchas, exageradas, descomunales caderas. Era su mayor anhelo desde que la adolescencia moldeara su cuerpo de forma descompensada y caprichosa. Noche tras noche, su mente se adentraba un poco más en los misterios de lo etéreo. La vida “real” representaba sólo la parte visible de un gran iceberg de intuiciones y poderes, de energías y presencias, pues las leyes que rigen la esfera de lo mágico eran capaces de dominar todos y cada uno de los actos humanos. El azar dejó de existir. La casualidad se volvió causalidad. Sin embargo, a pesar de superar con empeño una lección tras otra, la aprendiz de bruja no encontraba pista alguna sobre la pócima o el hechizo que hiciera desaparecer de su cuerpo ancho y redondo aquellas amplias, majestuosas, descomunales caderas.

El curso llegaba a su sexta semana cuando la cocinera se plantó desnuda frente al espejo. Nunca se había mirado así, a los ojos de esa otra Lucrecia reflejada, despelotada.

Piel rosada y suave. Cara redonda, ojos vivarachos, sonrisa luminosa. Cuello pequeño y rollizo. Pechos enormes, de aureolas grandes y pezones pequeños. Torso ancho y blando, la cintura apenas esbozada. Caderas amplísimas, poderosísimas. Muslos inmensos que dibujan en su confluencia el triángulo perfecto del pubis moreno. Pantorrillas fuertes, potentes. Pies anchos, algo aplastados de soportar el peso del cuerpo y de la culpa. Quiso ser hechicera para hacer desaparecer sus descomunales caderas. No concebía otra manera. Su complexión era anchísima de nacimiento, ningún régimen alimenticio podría cambiar lo que la naturaleza por descuido o mala fe le había otorgado.

“Nada puede resistírsele a una gran bruja, ni el amor ni la muerte, ni el cuerpo ni el alma”- musitaba Lucrecia aferrándose a la magia, su último recurso. Culpaba a su cuerpo de su desastrosa vida sentimental. Al igual que era incapaz de desnudarse frente a sí misma, era incapaz de desnudarse frente a otra persona. Tampoco cabía en su cabeza que alguien pudiera desear sus desagradables carnes. Vivía incómoda, frustrada. Necesitaba que desaparecieran sus anchas caderas tanto como necesitaba encontrar de una vez por todas al gran amor de su vida. Pero el curso virtual de magia no obró el milagro. Cuando concluyeron las seis semanas de aprendizaje intensivo Lucrecia estaba profundamente deprimida. El diploma con la calificación más alta en su

breve vida de estudiante no logró animarla. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras picaba cebolla para la ensalada. “¡No me daré tan pronto por vencida!”- repetía una vez tras otra, como un mantra, golpeando con rabia el cuchillo contra la tabla de cortar.

Vestida de luto como casi siempre, amparada en la falsa creencia de que el color negro hace más delgada, presentó su desafiante corpulencia en las diminutas dependencias de la escuela de magia en cuanto dispuso de una hora libre.

Iracunda, con las manos en la cintura, elevando el tono, exigió una entrevista con el equipo responsable de aquel pésimo curso. La petición no era usual, y aunque al principio en la academia se negaron, nada podía oponerse a la imponente fuerza de su presencia. Finalmente, de un cajón salió una tarjeta de visita color violeta.

- Esta es la persona que coordina nuestro departamento esotérico.

- ¿MADAME CHARLENNE?- los ojos de Lucrecia se abrieron como platos-

¡Dios santo! ¡Vaya nombre!

Se despertó con el barullo en la escalera. Era la hora en que la chiquillería iba camino de la guardería o de la escuela. Algunos lloraban, otros cantaban. Miércoles. Sonrió. Amaba los miércoles. Los miércoles el tiempo era suyo aunque se le escabullera inevitablemente entre los dedos. Miércoles. Por fin podría conocer a la misteriosa responsable del curso que había estudiado durante seis semanas.

La puerta barata desentonaba sobremanera con la ostentosa placa que anunciaba en grandes letras góticas a MADAME CHARLENNE. Era semejante a la de los despachos de notarios y arquitectos, de abogados y médicos. El dorado brillaba aún más contra el fondo desconchado y marchito de las paredes del edificio, un bloque de viviendas situado en un barrio obrero lejos del centro de la ciudad. A través de las ventanas abiertas al patio común se colaba en la escalera el olor a fritura y a suavizante para lavar la ropa. Alguien había pintado con bolígrafo azul un “Le estaré eternamente agradecida” justo al lado del timbre que Lucrecia pulsó. La puerta pareció abrirse sola. Cuando la cocinera bajó la vista descubrió a una mujer diminuta y regordeta que le sonreía afablemente desde allí abajo.

Madame Charlenne no alcanzaba el metro cincuenta y, de no ser por sus piernecillas, sus bracitos y su pequeña cabeza esférica, hubiera parecido una bola de cristal gigante, con su brillo y todo. Sí, con su brillo y todo. La mujer desprendía un brillo especial de origen indefinible. Tal vez proviniera de su sonrisa de dientes pequeños y blancos, o de sus ojos oscuros y penetrantes. Tal vez fuera un halo que la cubría o algo que estaba dentro de ella y que rebosaba por los poros de su piel, tersa y sorprendentemente joven. Resultaba obvio que era una anciana, pero nadie hubiera podido calcular su edad con exactitud.

¿Lucrecia, verdad?- la sonrisa bañó de luz la cara de plato, al tiempo que con movimientos del bracito la mujer la invitaba a entrar. La cocinera dudó un segundo ante el marco de la puerta. Era obvio que alguien con un cuerpo tan deforme no poseía el remedio que ella buscaba, de ser así no habría dudado en aplicárselo a sí misma. Lucrecia suspiró encorvando un poco la espalda, con ese suspiro se esfumó también el último resquicio de esperanza que en secreto había albergado respecto a ese encuentro. Cruzó el umbral de la vivienda enumerando mentalmente todas sus quejas. No quería olvidar ninguna.

El incienso llenaba de humo la estancia. Madame

Charlenne tomó asiento junto a una mesa. Sobre ella había una vela violeta prendida y un tapete blanco colocado cuidadosamente bajo una caja de madera tallada. El cuerpecito de Madame Charlenne sólo asomaba del pecho hacia arriba justo detrás de la caja de madera. Con un gesto del brazo parecido al que había hecho a la entrada, invitó a Lucrecia a sentarse al otro lado de la mesa, frente a ella. *¿Qué desea Lucrecia? ¿Qué gran inquietud la ha traído hasta mi humilde consulta?*- La anciana la miró fijamente a los ojos unos segundos. Tal fue la intensidad de esa mirada que la cocinera se estremeció, incapaz de articular palabra. *Me visitan muchas personas ¿sabe? No se puede usted imaginar cuántas. Algunas vienen de muy lejos, se van y la mayoría sigue mis consejos. Al cabo de unos días me envían regalos... muchos, muchísimos... Presentes que yo no puedo aseptar... -* Madame Charlenne hablaba con un acento inubicable. Tanto podía provenir de algún país del este de Europa como de alguna isla perdida en medio de aguas asiáticas. Su rostro tampoco daba demasiadas pistas. Tenía los ojos algo rasgados, pero no demasiado, los labios finos y la piel clara- *Mire Lucrecia, es distinto con usted. Salta a la vista que su fuerza es grande, muy grande-* Para enfatizar sus palabras movió las manitas en el aire. Antes de continuar, clavó nuevamente su mirada en la de Lucrecia, cuyo cuerpo volvió a estremecerse- *Con usted no tengo nada que haser más que perder el tiempo. Su fuerza es grande, muy grande-* repitió

levantándose de un saltito del asiento y acompañando a Lucrecia hasta la salida. En la puerta añadió vocalizando cada palabra como si la masticara antes de lanzarla al aire, como si quisiera paladearla antes de ofrecérsela a Lucrecia: *Las mujeres como usted son muy afortunadas porque se tienen a sí mismas ¡Que Dios la bendiga!*

De pronto Lucrecia se encontró caminando por la acera sin rumbo claro. Un sudor frío recorría su rostro y su torso. El cuerpo le pesaba muchísimo. La cabeza le daba vueltas. Apoyó sus grandes glúteos en el capó de un coche aparcado y con las manos se secó la cara. Le faltaba el aire. Tardó un buen rato en recuperar un poco la serenidad. Totalmente desorientada, preguntó por la parada de autobuses más cercana. Se dirigió hacia ella caminando despacio. Sus rodillas parecían de goma. Comenzó a tiritar.

La fiebre duró tres días. Por primera vez en ocho años Lucrecia faltó a su trabajo. En la soledad de su casa y de su enfermedad el tiempo se eternizaba. En esas setenta y dos horas pensó mucho acerca de su vida, se preguntó quién era realmente Lucrecia la cocinera. También volvía a su mente el encuentro con Madame Charlenne. No dejaba de darle vueltas a sus palabras. Lucrecia siempre se había sentido especial ¿Acaso realmente lo era? ¿Acaso tendría poderes suficientes para inventarse

su propio conjuro? A juzgar por las afirmaciones de la excéntrica anciana no cabía duda de que así era. Trabajosamente se levantó de la cama y fue en busca de la libreta donde anotaba los apuntes del curso. Cada vez que se le ocurriera un ingrediente idóneo o una palabra mágica la anotaría en ese cuaderno.

Sucedió así. En los intersticios de la lucidez y del delirio Lucrecia fraguó por fin un hechizo maravilloso e inédito. Un hechizo hermoso y no tan complicado. Un hechizo casero y luminoso. Un hechizo potentísimo a la medida de sus descomunales caderas.

“Nada puede resistírsele a una gran bruja, ni el amor ni la belleza, ni el cuerpo ni el alma”. Lucrecia aún convaleciente volvió al trabajo y esperó sin prisas al miércoles siguiente. La impaciencia desapareció con la certeza de poseer al fin la fórmula infalible. Los días se volvieron especiales. Cada mañana antes de ir al restaurante, frente al espejo, observaba su cuerpo desnudo y disfrutaba de la visión de aquellas caderas que pronto desaparecerían. El júbilo la embargaba mientras se despedía de ellas. En esos días llegó incluso a quererlas un poco.

Miércoles. Sonrió. Amaba los miércoles. Los miércoles remoloneaba antes de levantarse. Los miércoles podía

disfrutar de la luz del día durante un montón de horas seguidas. Soñaba con tener una casa con una pequeña huerta donde cultivar hortalizas, ingredientes que llenarían de amor sus alabados platos de cuchara. Una carcajada sacudió los generosos senos: “¿Y por qué no?”. Un mundo de posibilidades se abría ante sus ojos. Todo era posible si se hallaba la pócima adecuada, la palabra exacta, el conjuro infalible. Miércoles. Sus caderas desaparecerían esa misma noche. Miércoles. Amaba los miércoles.

El ruido de la batidora rompió el silencio del apartamento de Lucrecia cuando el sol comenzaba a ocultarse detrás de los últimos edificios del polígono. En segundos los ingredientes se transformaron en una masa entre verde, naranja y marrón que la bruja vació, junto al contenido de un bote de crema corporal, en una ensaladera de plástico. Comenzó a remover la inédita mezcla con una cuchara grande de madera. Primero removi6 veinticinco veces hacia la derecha, después otras veinticinco hacia la izquierda. Se secó el sudor de la frente con las manos y luego el de las manos en el delantal. Volvió a empuñar la cuchara y continuó mezclando. Había que repetir la operación seis veces más. Primero veinticinco veces hacia la derecha, luego veinticinco veces hacia la izquierda. Ya era noche cerrada cuando Lucrecia salió del baño envuelta en una toalla blanca, lista para la ceremonia.

Improvisó un altar con tres cuencos. El primero lo llenó con sal marina del restaurante, el segundo con pétalos de rosa del jardín del edificio de enfrente y el tercero con tierra de una de sus macetas. Colocó detrás de los cuencos siete velas amarillas y las encendió con la mayor solemnidad. Después trajo de la cocina la ensaladera con el ungüento ya convertido en una masa homogénea y la colocó entre los tres cuencos y ella. Había llegado el momento.

Se puso de rodillas frente al altar y a la ensaladera, cerró los ojos, dejó caer la toalla, llenó su mano derecha de ungüento y realizó veinticinco círculos en la cadera derecha. La operación debía realizarse lenta y cuidadosamente siguiendo el sentido de las agujas del reloj. “Esta cadera ya no, esta cadera ya nunca, ni en la mirada ni en la culpa”. Lucrecia repetía las palabras mágicas una y otra vez, poniendo en ellas la más rotunda de las intenciones. Sin abrir los ojos para no perder su estado de concentración, se limpió la mano derecha con la toalla. A continuación llenó la mano izquierda de ungüento y realizó veinticinco círculos en la cadera correspondiente. “Esta cadera ya no, esta cadera ya nunca, ni en la mirada ni en la culpa”- se masajeaba despacio, siendo consciente del movimiento de sus manos- “Esta cadera ya no, esta cadera ya nunca, ni en la mirada ni en la culpa”. Estremecida, sentía la carne ablandarse bajo sus dedos y mezclarse poco a poco

con la pócima oleosa, descendiendo por sus muslos hasta manchar la toalla y el suelo. Lágrimas de emoción brotaron de sus ojos bautizando su cuerpo nuevo, recién estrenado.

“Nada puede resistírsele a una gran bruja, ni el amor ni la fortuna, ni el cuerpo ni el alma”. La mañana del jueves amaneció alegre, luminosa y ligera. Las doce horas de trabajo más la hora extra que no le pagarían pasaron volando. Del restaurante se fue directamente a un centro comercial cercano a su casa que cerraba a las doce de la noche. Llevó al probador seis pantalones, todos de colores distintos. También se probó cuatro faldas cortas. Le convencieron tres, dudaba con la cuarta, pero al final la cogió también, deslumbrada por su alegre y florido estampado. No tardó mucho en decidirse. Cada prenda le sentaba aún mejor que la anterior. Compró todo lo que se había probado. Llegó de madrugada a la casa, cargada de bolsas y con una sonrisa de oreja a oreja. Eufórica, sacó del armario sus viejos trapos negros, llenó con ellos las mismas bolsas que había traído y los bajó al contenedor de la basura. Saltaba por la casa cantando, bailando y riendo. Recordaría para siempre ese jueves maravilloso, el día más feliz de su vida.

Tal y como Lucrecia presintiera, muy pronto el amor apareció en su vida. Un gran amor apasionado y sencillo. Un amor que brotaba de un cuerpo muy distinto al suyo. Su hombre era alto y delgado como una *i* mayúscula. Un hombre huesudo y friolero que con sus formas angulosas retaba las curvas de Lucrecia. Comían, paseaban y reían mucho. El despertador siempre los sorprendía en la cama, amándose. Encajaban como engranajes perdidos que hubieran vuelto a encontrarse para girar y girar, ya siempre juntos.

- *¡Adoro tu cuerpecito delgado, espagueti mío!*
 - Dijo un día Lucrecia, enredada entre las sábanas, borracha de placer, abrazada a su hombre.

¡Y yo adoro tus grandes caderas! ¡Mi vida! ¡Adoro perderme en ellas!- respondió su amor con los ojos repletos de deseo. Las manos nudosas de su hombre acariciaron dulcemente primero la inmensa cadera izquierda, luego la inmensa cadera derecha, haciendo círculos en sentido contrario a las agujas del reloj



TERCER ACCÉSIT

Mi vida junto a Marcos

María Cristina Álvarez Roque

María Cristina Álvarez Roque es periodista, tiene un máster en Sociología y es licenciada en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad de La Laguna.

A lo largo de su trayectoria profesional ha estado en contacto con la evolución del papel de la mujer en la sociedad, los avances y retrocesos en numerosas facetas cotidianas.

En su tesis doctoral sobre “Publicidad en la prensa de Santa Cruz de Tenerife en la segunda mitad del siglo XIX. (1850-1900)” queda reflejada la presencia de la mujer en la prolífica edición de periódicos y su vinculación a campos muy específicos como la moda, la estética y la familia.

Mi vida junto a Marcos

3^{ER} ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Marcos es uno de esos hombres que parecen mujeres. Tienen tanto sentimiento dentro, sudan tanta sensibilidad, tiemblan con la poesía y paren ternura cada vez que tienen delante una imagen que les conmueve. Es de ese tipo de personas que te atraen con dos frases y escuchan tan atentamente, que da la sensación de que, en otra vida, fue una de nosotras.

Él no entiende ni a los de su propio sexo, a los salvajes, a los matones que gritan y luego lo arreglan todo diciendo: “lo siento, fue sin querer”,... Marcos es de esos seres que rezuman humanidad sin perder su identidad sexual.

Marcos llegó a mi vida cuando más lo necesitaba. Nunca he sabido descifrar los trucos de magia que hacen los hombres. Reconozco mi torpeza. Vengo de

una familia de las denominadas “clásicas”. El padre que trabajaba fuera de casa, la madre que se ocupaba de mantenernos a todos limpios, saludables y educados; y unos hermanos que ayudábamos en casa. Nunca se escuchaban más gritos que los más pequeños jugando al balón en el patio de la humilde casa de pueblo, donde todos se conocían y se apreciaban. Toda esa normalidad fue marchitándose cuando nos mudamos. De conocer a vecinos y de tener muchas amistades, pasamos a ser desconocidos que entran y salen de un tercer piso, en un edificio que competía con otros en llegar al cielo y donde, los ascensores eran el punto de encuentro y conocimiento donde no se oían más que tristes y repetitivos comentarios sobre el frío, el calor y las alergias.

A medida que crecíamos fuimos abandonando aquél piso con un patio oscuro, con cañerías que enseñaban su óxido como prueba de vida y donde la radio daba noticias de guerras y terremotos y las cocinas tenían horarios imposibles de comprender. La vecina del séptimo cocinaba pollo a las cinco de la mañana y de su fregadero comenzaba a brotar el agua, entorno a las once de la noche. Nunca la vi en persona, pero reconocería esa voz chillona en cualquier sitio.

Los arrumacos de mis padres, aunque ahora más propensos al cariño que a otras muestras más pasionales, no cesaron ni cuando los hermanos ya éramos mayores de edad. Y, un buen día, abandonamos las paredes adornadas de papel pintado y con muy pocos muebles... Se suponía que nuestra vida mejoraría y que la felicidad nos esperaba a menos de cien metros, pero no fue así.

Dos hermanos apostaron por salir de la Isla e hicieron el trueque del calor por el frío, lo cual les salió rentable laboral y familiarmente. Los que nos quedamos apostamos por los amigos de nuestros padres que nos dejaron en la estacada e íbamos, de aquí para allá, de buscavidas intentando sobrevivir con míseros sueldos y pidiendo favores que nunca llegaban a pagarse del todo.

Sin saber cómo, pasaron por mi vida dos hombres que, sin pena ni gloria me querían ver casada y con muchos hijos. Sabía que no era el momento y pude escapar, pero del tercero tengo recuerdos que llevan puntos de sutura y un par de radiografías, una de dos costillas rotas y, la segunda; de un brazo, pero “yo es que soy muy torpe”, lo decía él y es así, o al menos eso creía. Todos mis conocidos solían decirme que tenía mucha suerte porque éramos la pareja ideal. Para saber cómo está la manzana, primero hay que partirla...

Lo cierto es que no recuerdo un solo día en el que no llorara por algo, pero es que deben entender -según escuchaba, cada día- que yo vengo de un pueblo y hay dos clases de personas: los demás y las mujeres como yo.

No digo que todo fuera malo, en este laberinto que es la vida -se busca lo deseable creyendo que es lo máspreciado, cuando lo que más valor tiene es la propia vida- he conocido a personas de las que he aprendido mucho. Me enseñaron que ser mujer es algo maravilloso, aprendí que los llantos pueden lavar un alma sufrida, me enriquecí de vivencias ajenas que hice mías en parte porque las realidades vividas por otros pueden servir como libros de enseñanza para novatos en ciertas lides, comprendí que no todos los hombres son iguales y que hay parejas que son felices, aunque esta sociedad mate muchos de los ingredientes para hacerlas duraderas.

Y, entre todo esto y mucho más que no cuento, acabé conociendo a un ser especial y único. Él es Marcos.

Marcos venía de otra realidad. Él se escondía de su padre, abrazaba a su madre y no tiene más familia que una perra callejera que sacó de una protectora de animales. Nos conocimos en el psicólogo. Yo estaba rota por dentro, con la autoestima baja y los ojos hinchados.

Llevaba seis paquetes de pañuelos de papel perfumados con talco dentro de mi súper-bolso y sonó el timbre de la puerta de la consulta donde me habían mandado unas asistentes sociales. Entró con su metro noventa, camisa blanca de hilo y unos pantalones vaqueros negros desgastados, que acentuaban el rojo de sus deportivas. Enseguida pensé: el hombre que se atreva a llevar estas deportivas no tiene motivos para estar aquí y mucho menos si esa sonrisa adorna su cara. Por un momento, pensé que era el psicólogo, pero se sentó frente a mí y mi subconsciente volvió a repetirme que no se juzgar a los hombres y que tenía que salir de aquella consulta convertida en una mujer fuerte.

Nadie hablaba con nadie en la salita de espera, pero las miradas furtivas hacían radiografías a los allí reunidos haciendo cábalas de las vidas que tenían detrás aquellos cuerpos. Desconocidos reunidos en busca de una paz perdida, con la esperanza de que nos devolvieran una fortaleza que dejamos por el camino, o que nunca habíamos tenido. Personas convertidas en puzles a los que les faltaban piezas.

Marcos y yo nos veíamos cada miércoles y su sonrisa me llenaba de paz. Era noviembre y llovía. Marcos salió de la consulta y yo estaba en la parada de guaguas, con la cabeza baja y llorando lo mío. Marcos se acercó y me

dijo que él se dirigía al centro de Santa Cruz que si me apetecía ir con él le haría un gran favor porque estaba mareado. Lo cierto es que estaba muy pálido. En esa época yo me sentía vulnerable y le di una disculpa para no acompañarle, pero insistió y, tras mirarle a los ojos, noté que Marcos me necesitaba más a mí que yo a él. Le noté desvalido, desorientado y muy, muy, pero que muy triste.

Llegamos hasta la avenida de Anaga, teóricamente a tomar un café, pero acabamos sentados en un banco bajo la lluvia y llorando como si todas nuestras ruinas se hubieran unido para hacer de dos terremotos, sendos cataclismos sin precedentes.

Mis pañuelos se acabaron y ya no sabía cómo sonarme los mocos porque las lágrimas se habían secado o, quizás, las había lavado la lluvia. Lo cierto es que estábamos empapados, pero la vida nos había herido tanto que no sentíamos frío ni calor, bueno realmente, no sentíamos. Nos miramos y decidimos ir a tomar un café que nos devolviera esa sensación reconfortante. Marcos iba caminando delante y yo detrás y, simplemente eso, trajo a mi memoria muchas vivencias del pasado. Paré en seco y le vi alejarse unos diez metros de mí. Él se giró y vino a buscarme, me cogió del brazo y caminó conmigo. No me dijo nada, no pidió explicaciones, ni

tan siquiera me preguntó a qué se debía esa reacción. Lo agradecí en el alma porque hay pasados enterrados que si se remueven mucho apestan a cadáver por muchas flores que tenga encima la tumba.

Refugiados en una cafetería, se acercó una camarera y pedimos dos cafés. No hablamos. Parecíamos esas parejas que llevan tiempo juntas y a las que poco importa ya lo que el otro piense y diga, triste. Terminamos nuestra consumición y nos levantamos. Ya no llovía. Marcos se ofreció a llevarme a casa y yo le dije que vivía cerca. Mentí. Recordé que no se descifran los trucos de magia de los hombres y, como buen cántaro colmado de malas experiencias, opté por una retirada de la partida. Una mujer herida no tiene que ser una mujer pisoteada.

De camino a casa no hacía más que pensar y pensar. Le daba vueltas a la cabeza y a todo lo ocurrido a lo largo de mis cuarenta años. Llegué a casa. Me dolían las piernas de tanto caminar y mucho más de subir los siete pisos. Cerré la puerta con mis tres cerraduras y saludé a mi soledad que lo llenaba todo. Creo que, realmente, he hecho de esta pequeñísima casa mi reino y refugio. Fui a la cocina y calenté un plato de sopa de pollo que me quedaba. Me dirigí al baño y me di una ducha caliente para entonar mi cuerpo tras aquella fría tarde de noviembre. Enfundada en mi pijama me tomé la

sopa y me fui a la cama. Debía levantarme a las seis de la mañana, doña Paula me esperaba para limpiar su casa y, luego, tenía que planchar en casa de dos señoras más.

Fue una noche terrible, las costillas me dolían y el brazo también, dicen que si te rompes algo y hace frío, los huesos se resienten. Es cierto. Hasta las cicatrices me dolían. Hay otras cicatrices que duelen más y no llevan marcas sobre la piel... Algún día todo esto pasará y será simplemente un recuerdo escondido en mi subconsciente, oculto por muchas cosas buenas. La vida es una ruleta y, a veces, nos equivocamos al apostar rojo o negro, aunque ambos tengan sus similitudes -rojo por la sangre y negro por los moretones-.

Y volvió a ser miércoles. Bajé en la parada y, a lo lejos, divisé a Marcos caminando relajadamente con su metro noventa. Cambié de acera e intenté ir más despacio que él. Lo cierto es que no estaba preparada para hablar. Paré en un kiosco y compré una botellita de agua y un paquete de chicles de menta suave porque la menta fuerte no me gusta. Esa tarde me encontraba guapa porque doña Paula me había dejado ropa de su hija que estudia en la universidad y me había puesto una blusa de flores y una rebeca marrón que me hacía entrar en calor. Llegué al lugar de la consulta y al entrar vi sentado ya a Marcos. Se levantó del sofá nada más

verme y noté cómo me ruborizaba. Me sentí tan violenta que sin dar las buenas tardes me dirigí al baño y cerré el pestillo, me apoyé en la puerta y me dejé caer hasta quedar sentada en el suelo.

Por mi cabeza volaron mil y una ideas, recuerdos, malos ratos, miedos, agobios,... Saqué rápidamente de mi bolso mi radio, me puse los auriculares y escuché dos o tres canciones intentando dejar mi mente en blanco. Una vez calmada, me lavé la cara con agua del grifo y miré cómo estaba decorado el baño. Es curioso, fue allí donde me percaté que hacía mucho que andaba siempre con la cabeza baja que me estaba perdiendo muchas cosas. Aunque estaba temblando me dirigí al mostrador y di mi nombre. Caminé unos pasos y saludé a las tres personas que estaban esperando. Marcos, ante mi reacción, no se volvió a levantar, pero me dio las buenas tardes.

Yo leía una revista y él se levantó y se sentó en la silla de al lado. Recordé lo ocurrido en el baño y esta vez, levanté la mirada de la revista. Tras saludarlo con un “buenas tardes”, Marcos me preguntó si estaba molesta en un tono muy bajo; a lo que yo le respondí que no. Mentí, nuevamente.

Cuando tocó mi turno para entrar con el psicólogo tenía dudas de si debía o no, contarle lo ocurrido, pero opté por el silencio. Esa tarde, aprendí más sobre mí, en el baño, que durante la charla.

Hacía frío en la calle, pero gracias a la rebeca de la hija de doña Paula, estaba calentita. Caminé un rato y por la calle vi a dos personas que antaño habían cenado en mi antigua casa varias veces y que giraron su cabeza como si estuviera apestada. Recordé el refrán de: “poderoso caballero es don dinero”. Yo opté por colocarme los auriculares y escuchar música mientras seguía mi camino hacia ninguna parte. Respiré profundamente y me sentí liberada. De pronto noté que alguien me tocaba el hombro derecho y me sobresalté, era Marcos. También estaba paseando. Creo que fue en ese momento, con mis corazas en descanso cuando una rendija de mí se abrió para que él entrara. Hablamos del tiempo, de anécdotas que le habían pasado durante el día y, de pronto, comenzó a contar chistes malísimos. Es curioso lo liberadora que es la risa, es morfina para el alma.

De pronto se hizo un silencio y caminamos hasta el auditorio, sin pensarlo, sin hablarlo antes, uno al lado del otro, pero separados por vidas que se parecían y nada tenían que ver. Hay seres humanos que parecen

universos en sí mismos y, otros, son sillones de dos plazas donde la cercanía está garantizada.

“Yo estoy intentando recomponerme. Mi padre maltrataba a mi madre y nunca lo entendí, ni lo comparto ni tolero. Mi madre murió y no lo he superado. Hay cosas que no llego a entender y por eso vengo a buscar medicina para el alma. No te pido ni quiero que me cuentes nada. Yo te lo cuento porque quiero”, dijo mientras se volvía a hacer un silencio que duró hasta el recinto ferial.

Miércoles tras miércoles, Marcos y yo nos íbamos convirtiendo de conocidos en amigos, pero era una amistad valiosa. Éramos náufragos en la misma isla. Marcos consiguió recomponer su vida y yo, seguía respirando y cayendo en trucos de magia que, al final ya no me llaman ni la atención. Marcos se implicó en varios movimientos y grupos de protección y salvaguarda de mujeres maltratadas. No se perdía ninguna manifestación y estaba en varios foros. Tenía muchos conocidos y hacía cenas en su piso para tratar de estos y otros temas. No cabe duda que llevaba a rajatabla el firme propósito de cambiar la mentalidad de una sociedad que se autocalifica de “civilizada y abierta” y, en realidad, es un hervidero de mentiras, frustraciones, falsas apariencias y orientaciones sexuales mal llevadas.

Eran las siete de la tarde y sonó el teléfono, era él para invitarme a cenar en su piso. Quería que fuera vestida de blanco. Le comenté que mi vestuario era de lo más reducido. Me encaminé a casa de Marcos con una botella de vino que compré de camino en un supermercado. Sonó el timbre y abrió un hombre, me dio la bienvenida y me espetó dos besos como si nos conociéramos de toda la vida. El piso estaba lleno y sonaba una música relajante que, unida a las luces indirectas, hacían del ambiente un lugar agradable.

Marcos vino hacia mí con una copa y yo le hice entrega del vino. “Me asusta ver tanta gente y lo sabes”, le dije al oído. Él me miró fijamente y me dijo que ya era hora de relacionarse. “El mundo es valioso porque en él hay personas de las que aprender. Es hora de tomar una copa de aceptación del otro y comulgar con nuevas experiencias, amiga”, aseveró. Al cabo de un buen rato en el piso me percaté de que había varios tipos de parejas. Aquello era fabuloso. Lo había conseguido. Marcos consiguió meter en su piso una sociedad igualitaria. Le admiré por ello y mucho más cuando una de las parejas homosexuales comunicaba que se iban a casar, tras diez años conviviendo. Fue ahí cuando entendí por qué había que ir vestidos de blanco. Fue una noche de viernes enriquecedora. Cuando me disponía a marcharme, me pidió que me quedara en una habitación de invitados

que no usaba. Segura de que con él estaba a salvo de los trucos de magos acepté. Esa noche no dormimos hablando como si fuéramos uno. La velada dura ya cinco años. Yo, en la habitación de invitados que ahora lleva mi nombre y él, en la suya. Apenas nos molestamos y, simplemente, nuestra vida es la de dos náufragos en una isla-piso que nos devuelve una paz que creí perdida. No nos hemos curado las cicatrices, pero intentamos maquillarlas con la compañía. Presto mucha atención a sus gestos cuando escucha la noticia de otra muerte más, otra más y su rostro se desfigura. Marcos sigue pintando pancartas y luciendo su colección de camisetas moradas.

Tras el conocimiento de una fallecida por violencia de género, Marcos, simplemente calla. Se levanta como si algo le empujara fuera del sofá y se va hablando en voz baja por el pasillo. Cierra la puerta del baño y se le escucha desde el salón su ya habitual monólogo que creo que le sirve de desahogo. Regresa con los ojos llorosos. Marcos lo siente todo y recuerda, sí, recuerda los golpes que su madre disimulaba con maquillaje y aquellas horribles gafas de sol.

Él, en otra vida, fue mujer. Lo presiento. Recuesta su cabeza en mi pecho como buscando que le diga que no se va a volver a repetir y que esa muerte fue la última. ¿Cómo no voy a mentirle? Mi silencio y su silencio se

funden dejando que se escuche por televisión quién será el contrincante del partido del domingo.



CUARTO ACCÉSIT

La habitación de *Angélica*

María del Pilar Doñate Sanz

Nació en Cataluña en plena transición y creció en Aragón. Realizó estudios en la universidad de Zaragoza, Barcelona y Nantes (Francia). Decidió dar la vuelta al mundo sola y sin apenas recursos, y lo consiguió. Convivió en Nueva Zelanda con los maoríes, en Nueva Caledonia con los kanak, en el Altiplano con los aymara, recorrió Siria cuando todavía se podía. Actualmente vive en Madrid donde acaba de iniciar un Doctorado en Seguridad Internacional. Ha recibido varios premios literarios.

La habitación de Angélica

4° ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Me encerré en la habitación cuando apenas tenía siete años. Me acuerdo perfectamente de aquel momento. Era un 7 de abril de 1895, en las calles solo se hablaba de José Martí, del levantamiento cubano, de las tropas españolas, de las tácticas guerrilleras de los mambises. La esquina que apuntaba hacia el Norte enfrente de mi ventana, estaba repleta de chavales con gorra hollinada. Vendían periódicos de cualquier ideología. Gritaban alto para que desaparecieran de sus manos y poder comprarse algún mendrugo de pan, tierno o duro. ‘¡El Imparcial, Señores!’, ‘¡Compren El Imparcial!’ vociferaban los unos. ‘¡La correspondencia de España!’, ‘¡Caballeros, para estar informados compren La correspondencia de España!’ chillaban los otros. Desde aquel día los veía a diario pelearse por unas perras gordas. Mi habitación, se convirtió en mi refugio hasta noviembre de 1933, fecha en la que cumplí los cuarenta y cinco años.

La decisión no fue premeditada sino fruto de la falta de oxígeno que sentí cuando estaba tomando la clase de bordado con Madame La Fleur. No hubo un evento extraordinario. Todo transcurría con normalidad, pero justo en el momento en el que la sirvienta entró en el salón, como todas las tardes, con la bandeja repleta de tazas japonesas y su cofia tiesa, sentí mi pecho oprimido. No podía respirar. Tiré el bastidor. Acababa de darme cuenta de que mi bordado llevaba más puntos de los que le correspondía. Lo tiré o se me cayó, no lo recuerdo, como tampoco recuerdo si es el árbol el que tira la hoja o es la hoja seca la que cae. En todo caso el bastidor yació en el suelo. La aguja se quedó colgando del hilo marrón con el que estaba perfilando la cesta de mimbre de una campesina de ojos desdibujados y pañuelo de tela prestada.

Lo tiré y me fui corriendo a la habitación. Sin pensarlo, cerré la puerta con la llave oxidada que algún orfebre había esculpido, luego, la deposité debajo de mi lengua.

Nadie entendió mi reacción. Ni mi padre, ni mi madre, ni la sirvienta. Quizás mi institutriz, porque aunque sus palabras correspondían con lo que mi familia esperaba, entre sorbo y sorbo de té, entre el remover aturdido de los azucarillos empapados por el jugo de los pétalos de margarita, Madame La Fleur susurraba

la historia y proezas de las mujeres silenciadas de su vida. ‘Porque en la La declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana de Olympe de Gouges, vemos que...’, explicaba, ‘Sin las ideas de la feminista Mary Wollstonecraft...’, añadía, ‘...y como no, la poesía de Rosalía de Castro...’.

– Cambiemos a otros temas – finalizaba siempre mi madre incómoda ante el espejo.

Mi institutriz era diferente al resto de féminas que pasaban por casa. Una dama de ojos claros, no sabría decir el color, se aproximaba a los de una gata abisinia. Sus peinados dieciochescos destacaban sobre aquellos puestos de moda en la época de la Restauración. Muchas mujeres intentaban imitarla sin conseguirlo. Hablaba empequeñeciendo las palabras, y a pesar de ello, sus dimensiones al oído parecían grandes. En ocasiones podían molestar, pero siempre llevaba debajo del manguito una sonrisa para apaciguar los ánimos. Y bajo el brazo, un libro. Su mente era abierta. Brillante. Por eso estaba segura de que me entendería.

Mi padre la contrató para que me enseñara los buenos modales, para que me convirtiera en una sobresaliente esposa. Obediencia fiel, andares rectos, cuerpo erguido, mirada baja. Todo debía ser perfecto. Cuando torcía la

espalda Madame La Fleur me castigaba.

– Angélica – me decía en contra de su voluntad – a tu habitación.

Como si las horas de soledad fueran a ilusionarme con la dependencia a un marido. Todo lo contrario. El silencio me invitaba a pensar, a analizar las jerarquías y los estatus perpetrados por costumbre. Así que aquel 7 de abril, cuando el sol todavía se mantenía alto y la clase de bordado seguía su curso habitual, no esperé el castigo para ir a mi cuarto, me fui por iniciativa propia.

Lo cierto es que no era muy grande. Sin embargo tenía una amable cama con un armazón de madera de nogal tallada con motivos simples que me permitían soñar. Un pez de río y otro de mar a juzgar por la forma de las aletas, varias estrellas sacadas de una noche clara con puntas redondeadas y un pajarillo de pico roto. El colchón era de paja, de paja amarilla cosechada en los campos de Aragón, ventosos y fríos. En el suelo había una alfombra persa tejida en un telar de Tabriz, no sé con qué material. Delicado. Al apoyar los dedos del pie me pinchaba para que no le echara todo el peso. En aquellas cuatro paredes no había nada más, aparte de una ventana que pretendía ser cuadrada y las prisas del martillo hicieron rectangular.

Me golpearon a la puerta para que saliera de inmediato. Me negué. Me negaría durante treinta y ocho años.

Al principio mi padre pensó que era una pataleta de niña mal educada y despidió a Madame La Fleur de quien si hubiera tenido en mano su verdadera historia, jamás la hubiera contratado.

La conoció en la entrada de la Exposición Universal de París en 1878. Mi progenitor, un hombre de bigote largo y brazo manco, de trajes grises y sombrero de copa sobre el pelo, se dedicaba al comercio de arte. Le hubiera gustado convertirse en pintor, pero trabajar con el pincel no era una profesión. Además, carecía de habilidad con el brazo izquierdo. Decidió por lo tanto comprar y vender. Tocar el dinero. Hacer intercambios por grandes sumas. Asistir a los grandes eventos que tenían lugar en toda Europa era prioritario, y sobre todo al de aquel año de la capital francesa, en el que el zaragozano Francisco Pradilla y Ortiz presentaba su cuadro 'Doña Juana la Loca'.

– Disculpe – le dijo una voz aterciopelada cuando llegó a la exposición – ¿necesita traductora? –.

Era evidente que la necesitaría. El español tiende a aprender más números que lenguas y en aquel contexto

de poco valía lo uno sin lo otro. De la muchedumbre salían todo tipo de acentos. Unos más del norte, otros más del sur. Y ninguno igual. Italiano, inglés, alemán. La lengua permitía el negocio. El silencio lo aniquilaba. Así que contrató a Madame La Fleur por unos pocos francos.

Pasaron la tarde juntos. Arreglando contratos. Firmando acuerdos con plumas de oro y tinta azul. Tomando notas sobre nuevos talentos. En ese tiempo también hablaron, especialmente sobre el color negro con el que ella vestía.

– Guardo luto por el fallecimiento de mi esposo durante la guerra franco - prusiana –, le explicó.

‘Un gran hombre’, suspiraba. Le temblaba la voz y la tristeza al contarlo. ‘Un gran hombre’, repitió. Escondiendo en sus palabras que el negro era el único color que le permitía encontrar trabajo tras haber sido repudiada por la familia y quedarse sola. Nunca estuvo casada. No cometió adulterio. No mató. No insultó a nadie, solo a los egos varoniles de sus hermanos, a aquellos que pensaban que por ser mujer solo debía asentir y hacerse bonita. Así pues, su pecado fue leer y formar parte del grupo que erróneamente llamaron de las pétroleuses, ‘las incendiarias’ que nada incendiaron, solo protestaron. Mujeres valientes que participaron en

la Comuna de París en mayo de 1871.

La elegancia de Madame La Fleur sorprendió a mi padre. Era camaleónica. Sabía adaptarse a cualquier conversación. Entrelazaron información sobre Flaubert, Voltaire, Zola y de un grupo de jóvenes que no hacía mucho habían empezado a exponer cuadros con pinceladas poco concretas.

– ¿Conoce a Edgar Degas, Monet, Manet? – le preguntó mi progenitor.

Ella asintió con una sonrisa, resaltando en su pensamiento la figura de Mary Cassatt, Marie Bracquemond, Berthe Morisot. Las pintoras silenciadas.

Le sorprendió tanto su cortesía y modales, que cuando diez años más tarde nació yo, mandó a París a uno de los chavales con la gorra hollinada que vendían el periódico en frente de casa para que la trajera a España.

A mi madre su presencia siempre le incomodó. Envidiaba su luto, sus formas, su lenguaje adecuado, sus viajes a Roma, sus paseos al lado del Sena. Envidiaba sus coqueteos con algunos caballeros, su independencia económica. Envidiaba sus conocimientos sobre la actualidad y los movimientos de mujeres

anarcosindicalistas. Envidiaba que adulara en secreto a Teresa de Claramunt y no a ella, a quien consideraba sin decirlo una mujer fruto de su tiempo sin más, sumisa y acostumbrada, esclava. Envidiaba su libertad. Por eso, cuando a principios de abril de 1895 mi padre la despidió por despecho, sintió un gran alivio.

Sin embargo, nunca se fue del todo.

La tarde en que la sirvienta entró en el comedor con las tazas japonesas para servir el té, la misma en que tiré el bastidor con el bordado y la campesina de ojos desdibujados y me fui a mi habitación, aquella en la que me guardé la llave debajo de la lengua, Madame La Fleur me dejó en secreto todo sus bienes. Esperó a que el pasillo se quedara a oscuras y cuando el silencio giró la cabeza, cogió todos sus libros y empezó a pasármelos cuidadosamente a través de la cerradura. Todos eran diferentes. Pequeños de tapa azul, grandes con letras doradas, algunos en latín con terminaciones en – a y – ae, otros sobre matemáticas árabes, también los había de arte florentino.

Los fui colocando a modo de biblioteca, sin orden alfabético ni tamaño, pero los unos detrás de los otros. De pie. Firmes. Mientras seguía sintiendo aquella horrenda presión en mi pecho que parecía querer matarme.

Hubiera sido cruel de su parte, todavía era joven. Libros y más libros. Cuando miré a mi alrededor me di cuenta de que los motivos del armazón de madera de nogal de mi cama habían desaparecido entre el papel. Del pájaro solo se podía ver su pico medio roto, las estrellas se subieron de nuevo al cielo, creí reconocerlas de noche por sus puntas redondeadas. Los dos peces, el de mar y el de agua dulce, se zambulleron en algún cuento. No sé en cual.

– Sal cuando estés preparada – me dijo la institutriz en un susurro.

Luego desapareció.

Aquellas cuatro paredes se convirtieron en un paisaje permanente. Poco importaba, ellas no habían sido construidas para cambiar. Material inerte. Sino para guardar los secretos de quienes las habitan, para alejar al frío traicionero y combatir con el viento, vinera de donde viniera. Del desierto, de las nieves, de algún rincón tropical enfurecido. ¿En cuanto a mi? Animal de cuerpo y pelo, elegí un título al azar, lo acurruqué entre mi brazo derecho y mi ombligo y me acerqué a la cama procurando no pisar la alfombra persa. Me senté sobre el colchón de paja, reclinándome progresivamente

conforme avanzaba en la lectura. El olor del cierzo se coló entre mis huesos.

– ¡Angélica! – Escuché desde el pasillo – ¿puedes salir? –.

Mi padre seguía pensando que era una pataleta de niña maleducada. No entendía que sobre mi pecho un dolor pretendía matarme. Golpeó encrespado la puerta. ‘¡Pum, pum, pum!’.

– ¿Puedes salir? –, repitió.

Miré por la cerradura. Estaba acompañado de Alberto, un joven de buena familia, alto como un ciprés, imberbe y más bien flacucho. Llevaba un pañuelo anudado en el cuello, siempre lo llevaba, incluso en los días en los que el calor invitaba al desabrigo. ¿Por qué estaba allí? Mi familia pretendía casarme con él cuando cumpliera los dieciséis. ¡Qué desacierto! El chico no me gustaba. Me recordaba a mi padre. Dinero, dinero, dinero. Era su único objetivo. Además tenía los ojos azules, traicioneros según decían las ancianas. Mi lengua protegió bien la llave. No abriría. Además, sucedió algo curioso. La vida fuera de mi habitación se había quedado sin color. A través de la cerradura lo veía todo en blanco y negro. Sus gestos, sus pensamientos, sus voces. No, no saldría.

Escuché a mi progenitor excusarse por mi comportamiento, rogándole paciencia. Le invitó a sentarse en la silla victoriana que compró en París durante la exposición en la que conoció a Madame La Fleur y seguidamente llamó a la sirvienta para que les preparara un té de menta fresca y ligeramente azucarado con la miel de flores silvestres. Se quedarían un rato charlando en frente de mi habitación. La actualidad invitaba al intercambio de opiniones: Cuba, la situación en Filipinas y Puerto Rico, el bipartidismo. España avanzaba lenta y caciquil y en apenas un año habría nuevamente elecciones.

– Sagasta es demasiado liberal – anotó mi pretendiente.

Pero la opción conservadora de Cánovas del Castillo, aquel malagueño de lentes finas, se mostraba arcaica. ¿Apoyar la esclavitud? ¿La Monarquía? ¿El catolicismo? Escuchaba sus palabras embelesada, cada una de ellas. ‘Sufragio’, ‘partido’, ‘voto’, ‘leyes’, ‘República’. Dejé el libro que estaba leyendo sobre el colchón y me senté al lado de la puerta. Las mujeres no éramos participes de todo aquello. Apartadas de las decisiones que nos guiaban.

La tertulia se interrumpió apenas un momento, mientras la sirvienta les servía el té. Con el sabor amargo

de la menta la retomaron, marcando los pasos para el futuro: 'Porque el voto', 'y si la ley'.

Analizando su conversación entendí que el dolor de pecho que sentía no era casual. Y en ese instante preciso decidí que no saldría de aquella habitación hasta que no me dejaran votar.



MEJOR AUTORA LOCAL

Mediodía radiante

Margarita Ginoria Tena

Margarita Ginoria Tena nace en Santa Cruz de Tenerife en 1966. Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de La Laguna (1989), en la actualidad imparte docencia en un Instituto de Enseñanza Secundaria de la capital tinerfeña (IES María Rosa Alonso), donde compagina su labor como docente de Lengua Castellana y Literatura con la promoción de la lectura a través del proyecto de biblioteca del centro y la coordinación de un club de lectura (“Ágora azul”). Como docente ha coordinado a lo largo de varios cursos dos revistas escolares (“Desde el aula” y “Voz activa”), en cuyas páginas la creación literaria y la voz femenina han ocupado un lugar destacado. Asimismo ha participado en diversos programas educativos para la igualdad.

Tanto en su memoria de Licenciatura (1995), como en diferentes trabajos de investigación, ha abordado la literatura escrita por mujeres desde la perspectiva de género y desde la promoción de una nueva poética.

De entre sus relatos, cabe señalar el titulado “Ad eternum”, que obtuvo el quinto puesto en la III Edición del Concurso de relato breve ¿Cómo lo continuarías? (Biblioteca Pública del Estado, Santa Cruz de Tenerife, 2009).

Mediodía radiante

MEJOR AUTORA LOCAL

*Abre la puerta de tu alma y sal a respirar
al lado afuera. Puedes abrir con un suspiro
la puerta que haya cerrado el huracán.*

(Vicente Huidobro, "Altazor", Prefacio).

Siempre se había sorprendido de cómo en momentos de gran tensión o inquietud era capaz de fijar la atención en pequeños e insignificantes detalles, que luego permanecerían como una fotografía fija en la memoria. Probablemente eso constituía un mecanismo de escape cuando la tensión hacía insoportable el momento o cuando el pensamiento quería huir desbocado de una situación opresiva.

Ahora, en aquel despacho, mientras la directora de Auri continuaba hablándole de su nieta, fijaba su mirada en un punto en concreto, la libélula dibujada

en un pisapapeles de piedra: «En fin, hemos creído conveniente concertar esta entrevista, porque estamos muy preocupados por ella. Su rendimiento académico ha bajado mucho y tiene también varias faltas a clase sin justificar. Pensamos que en lo que le he contado puede estar el origen de todo. Debe hablar con su nieta e incluso pedir ayuda si lo necesita; por nuestra parte hemos activado el protocolo establecido en estos casos».

La luz, siempre la luz, entrando a raudales por el amplio ventanal, y como un eco apagado en la memoria, la voz de su madre, transportándola hacia aquellas mañanas luminosas de su primera juventud, donde la vida parecía ser mejor que la vida misma: «¡Aurora, niña, esas camas todavía por hacer! ¡Apresúrate, que tienes que llevarle la comida a tu padre...! ».Y ella, soñadora, entregada a alguna lectura que doña Carmen, la maestra, le proporcionaba siempre que se veían. La buena mujer no se había resignado a perderla como alumna. Y eso que estaba acostumbrada. Cuando María Aurora, la madre, se presentó un día en la escuela para decirle que la joven no asistiría más a sus clases, no se sorprendió; era lo habitual en el pueblo. Desde que las chicas aprendían apenas a leer y a escribir, dejaban de acudir a clase; especialmente cuando las familias dedicaban todos sus esfuerzos a que el hijo varón pudiera estudiar y abandonar los plátanos. Pero sintió mucha pena, porque veía en Aurora el mismo deseo que

ella tuviera años atrás de descubrir el secreto de todo; la misma tenacidad ingenua por querer apresar la verdad oculta en cada cosa. Por eso, siempre que podía, le hacía llegar una cuidada selección de lecturas, que la chica se apresuraba a devorar.

Tenía por aquella época entre manos “La casa encantada”, de Virginia Woolf. Doña Carmen le había hablado de esta autora y de lo que pensaba sobre la necesidad de que las mujeres dispusieran de “un cuarto propio”. Desde luego, en aquel tiempo, ella estaba muy lejos de intuir si quiera qué era eso de tener un cuarto propio. La vida de todas las mujeres de su familia había sido invariablemente una cadena de sacrificios, cuyos eslabones no podían cortarse porque eran eslabones de amor, en todas sus vertientes: conyugal, maternal, filial o fraternal. Siempre había habido alguna mujer en su entorno dispuesta a servir, cuidar y sacrificarse por los otros. Era ley de vida, decían. Y en aquellos primeros años, el dulce aroma de la repostería casera, el juego cómplice con su gato, la fuerza del abrazo paterno o la vista del barranco, arrastrando furioso el agua de alguna lluvia intempestiva, bastaban para ser feliz. La felicidad era entonces breves momentos de armonía, de pensamientos no ligados al futuro; lo que se dejaba para mañana, se dejaba de hacer para siempre. El presente era la medida de todas las cosas, era el paraíso de la infancia.

Pero el paso del tiempo muestra pronto la vulnerabilidad de ese espacio infantil y exhibe su rostro menos amable, el rostro de la responsabilidad y el de las decisiones que otros toman. Y ya todos habían decidido que su hermano Néstor abandonaría la isla y se iría en septiembre a la Universidad, y que ella habría de permanecer allí, anclada a un alma pavimentada de sueños.

Sus cabellos, negros y abundantes, parecían en aquella primavera el estandarte de sus propios anhelos. Mientras, las lecturas de Selma Lagerlöf, Katherine Mansfield o María Luisa Bombal le hacían descubrir algo elemental: no se puede desconocer lo que se ha conocido. No se puede volver a ser aquella persona que dejamos atrás.

–Mamá, ¿cuando eras más joven no pensaste nunca abandonar la vida en el campo y hacer algo diferente? ¡Yo siento que me estoy perdiendo tantas cosas...! ¡No quiero pasarme la vida yendo y viniendo a la platanera llevando la comida a los hombres!

Las dos mujeres estaban sentadas en el banco de cemento blanqueado, a la entrada de la vivienda. Ambas desgranaban millo: la hija, con gesto distraído; la madre, con manos seguras y semblante triste. «En aquella época

no había tiempo para pensar ni posibilidades de irse fuera de aquí...» –había respondido María Aurora con mirada ausente.

–Pero las cosas han cambiado ahora, mamá. Mucha gente se va a Venezuela; allí hay trabajo, y yo podría...

–¡Basta, ni se te ocurra mencionar eso delante de tu padre! –María Aurora se había levantado como impulsada por un resorte, dejando caer al terrazo las piñas de millo. «¡Virgen de la Candelaria! ¡Irse sola a Venezuela! ¡Va a tener razón tu padre, con eso de que leer tanto te está llenando la cabeza de pájaros! ».

Era cuestión de tiempo, los pájaros reclaman libertad, y huyen prestos al vuelo en cuanto ven el menor resquicio por el que escapar. El “Oriana”, que atracó meses más tarde en el puerto de la isla, fue el resquicio que encontró Aurora para volar.

Conoció la ruta de la fatiga, la estela dolorosa que dejan el adiós y la incomprensión de los seres queridos. Pero desde luego se afanó en el trabajo y en el estudio; las cartas que periódicamente enviaba a la familia reflejaban el entusiasmo de la joven y sus progresos. Cuando Néstor le leyó a María Aurora el fragmento en el que su hija les contaba que ya había conseguido recibirse

como maestra, la mujer sintió la íntima satisfacción de ver cumplidos sus propios deseos, aquellos que, sin embargo, nunca reconociera ante nadie.

Durante más de diez años estuvo Aurora destinada como maestra en Puerto Páez, enseñando a muchas niñas campesinas que solo en la educación encontrarían la llave para hacerse valer y respetar en una sociedad tan machista y brutal. Las aberraciones que tuvo que presenciar, los maltratos y los abusos a las mujeres eran tan habituales en aquellas tierras, que pronto empezó a interesarse por programas que la ayudaran a formar a las niñas y a sus madres; que les proporcionaran modelos válidos de relación, conocimientos para desarrollar una profesión que les garantizara cierta autonomía.

Viajó mucho por aquellos años. Siempre que había un curso o congreso interesante acudía; al principio, como oyente, más tarde se atrevió a presentar sus propias ponencias. En uno de esos foros, conoció al que habría de ser su marido. Germán, médico de familia, era su amor y compañero inseparable. En él encontró lo que siempre intuía que podría ser una relación de pareja: comprensión, ayuda mutua, respeto, y desde luego esa admiración y pasión que hacen que, juntos, todo lo demás se difumine un poco. Así fue desde el principio, y ni la llegada al mundo de su hija, ni el paso del tiempo,

ni los vaivenes de la vida habían cambiado jamás la esencia de su convivencia: la pasión que sentían el uno por el otro y el deseo de hacer algo por los demás. Recordaba siempre una sentencia que su marido repetía con frecuencia: “no te preguntes para qué has vivido sino para quiénes has vivido”.

Cuando ella decidió regresar a Canarias, a Germán le pareció muy buena idea. La situación política y económica de España había cambiado ya hacía varias décadas, y ahora, en verdad, deseaban apartar a su hija del activismo político en Latinoamérica. Aurorita (¡aborrecía que la siguieran llamando así!), estaba cada vez más involucrada en los movimientos estudiantiles de protesta y en la lucha por los derechos de las mujeres. Cuando les dijo que estaba pensando hacer un reportaje sobre los feminicidios en Ciudad Juárez, pactaron con ella que primero terminaría los estudios de Periodismo en España y que luego ya decidiría qué hacer.

Se establecieron un año en Madrid, donde su hermano Néstor había conseguido sacar adelante un próspero bufete de abogados. El tío acogió a la sobrina con la ilusión del varón que no ha podido ejercer de padre. Más tarde ella y su marido se trasladaron a la isla.

Lo que sintió al retornar al hogar solo podría entenderlo quien conoce los almacenes de la nostalgia y los recovecos de los bellos recuerdos nunca olvidados. Reencontrarse con la vejez de sus padres despertó sentimientos encontrados. Muchas veces había imaginado la escena: constantemente se repetía el abrazo y la alegría infinita de compartir con ellos las vivencias de aquellos años de separación. Y así fue, e incluso experimentó el regusto de sentirse niña de nuevo, al ver cómo para sus padres el tiempo parecía no haber pasado y continuaban tratándola como la niña que antaño correteaba por los barrancos y no paraba de jugar y hacer preguntas. Pero al mismo tiempo la invadió una ternura desmedida al comprobar que sus progenitores comenzaban a ser dependientes por la vejez y la enfermedad.

Una vez más, Germán también fue un apoyo con el que pudo contar en esa etapa. Compartió con ella el cuidado y el mimo por aquellos dos seres que tanto se habían esforzado por lograr un futuro mejor para sus hijos. Algún atardecer, al contemplar a su padre apoyándose del brazo de Germán, de regreso de la platanera, tuvo en su interior la certidumbre de estar viviendo el ciclo perfecto que impone la propia naturaleza. Y en aquellas tardes cárdenas, esmorecidas, plenas de aromas y recuerdos, se sintió muy agradecida con la vida.

Cuando sus padres fallecieron, con pocos meses de diferencia, una buena noticia vino felizmente a mitigar el dolor por tan gran pérdida. Su hija les anunció que pronto los iba a hacer abuelos. Aurorita, tan poco convencional en todo, no creyó necesario tener una relación formal con un hombre para traer a Auri al mundo. Fue cuestión de tiempo el que tomara la decisión de que la niña se viniera a la isla a vivir con ellos. Como joven profesional, ella tenía todavía mucho que hacer y estaba segura de que con sus abuelos, en la isla, la niña gozaría de una infancia muy sana y feliz.

Ahora, mientras abandonaba el instituto en compañía de su nieta, después de haber visto en la memoria la película de su vida, se reprochaba a sí misma: «Soy una vieja necia. ¿Cómo he podido estar tan ciega?». Hacía más de un año que intuía que algo estaba deteriorando su vínculo. El tiempo que Auri pasaba en casa transcurría invariablemente con ella encerrada en su habitación. Apenas se comunicaban ya. Aquellas charlas cómplices de sobremesa en las que compartían confidencias y proyectos habían dado paso a monólogos de Aurora, quien en vano trataba de interesar a la joven. Esta se ponía tensa en cuanto le preguntaba por los estudios y por sus planes de futuro. Pronto tendría que tomar una decisión, era su último año en el instituto. «No quiero que me agobies, abuela; yo no tengo nada claro todavía. No soy como tú y mamá. ¡Para mí hay otras

cosas más importantes que pasarme la vida entre libros y proyectos!» –le había espetado con ojos llorosos una mañana.

Cuando perdía la paciencia al ver a la chica absorta en su móvil, ella le respondía bruscamente también, que la dejara, que ya no era una niña pequeña, que ahora tenía sus propios amigos y que entre ellos se comunicaban así. Además su aspecto físico había cambiado: no se ponía nunca un vestido y parecía obstinada en ocultar cualquier atisbo de feminidad.

Aurora había querido atribuir todos esos cambios a los largos periodos de ausencia de la madre, continuamente viajando por el mundo, y a la enfermedad de Germán. El alzhéimer había avanzado muy rápido y Germán en los “días malos” ya no reconocía a la joven. En una ocasión, su nieta le había recriminado: «¡Qué absurdo que todas las mujeres de esta familia se hayan empeñado en repetir en sus hijas su propio nombre! ¡No me extraña que abu (así llamaba cariñosamente a Germán) se confunda! Y además el nombre ha ido menguando: María Aurora, Aurora, Aurorita, Auri... ¡Qué ridículo! ¿Ha sido a propósito, abuela? En fin, conmigo termina la saga, porque no pienso tener hijos».

Ahora, mientras ella conducía, Auri, a su lado, se mantenía cabizbaja y en silencio.

«Ha sido una compañera de clase quien nos ha puesto sobre aviso» –le había aclarado la directora. «Parece que la situación ha empezado a ser especialmente sangrante en las últimas semanas. Con anterioridad, el grupo de acosadores se limitaba a hacerles el vacío en el patio y en los pasillos; luego comenzaron las pintadas en sus pupitres, en la pizarra antes de comenzar las clases...». «Pero ¿por qué?» –había preguntado Aurora desesperada, sin entender nada. «Su nieta mantiene una relación sentimental con otra alumna del centro. Se trata, desde luego, de un caso claro de acoso escolar homofóbico» –sentenció con voz neutra la directora.

Conducía, en principio, sin rumbo fijo. Tenía ganas de alejarse de todo, hasta que todo volviera a su sitio. Casi sin darse cuenta, se encontró apagando el motor del coche frente a la costa, al lado del faro. El sol del mediodía hacía brillar el mar, que lamía plácidamente las piedras del acantilado.

–Lo siento, abuela. No sabía cómo decírtelo. No quería que te avergonzaras de mí. Ahora ya todo el mundo lo sabe, ¡y yo quisiera morirme! –la joven abrió la puerta del coche, y salió sollozando.

–En mis momentos de crisis –comenzó a decir Aurora mientras salía a su vez del coche–, pensar en el mar me ha relajado. Todo parece más simple cuando contemplamos su indiferencia milenaria, su aspecto majestuoso y cambiante. De cuanto me he enterado hoy –continuó diciendo pausadamente–, solo hay algo que me avergüenza, y es no haber sabido transmitirte las únicas verdades en las que creo: la autoconfianza y el amor. He batallado mucho en la vida, Auri; me he hecho muchas preguntas para las que no he hallado respuesta. Sabes que he creído siempre en la cultura y en la libertad que da el conocimiento, que he luchado por la dignidad de la mujer. Por eso me duele muchísimo ver hoy a mi joven nieta acobardada; me duele que no te hayas dado cuenta de que lo único que importa es ser auténticas, libres, ¡y amar siempre! Incluso me gustaría que te sintieras orgullosa de tu nombre, de nuestro nombre familiar; ese “Aurora”, “la de los rosados dedos”, que desde la Antigüedad ha sido símbolo del despertar del nuevo día, y que ha hecho de las mujeres de nuestra familia unas auténticas luchadoras contra la oscuridad. No hay vergüenza en el amor, Auri; es lo único que nos reconcilia con la vida y con la muerte.

La joven miraba a los ojos de la abuela con la alegría de quien se libera de un gran peso, con la misma cándida inocencia con la que escuchaba sus relatos

cuando casi era un bebé. «¿Y cómo voy a afrontar tanta incompreensión, abuela?» –preguntó amargamente.

–Ya pensaremos en eso más tarde –respondió Aurora con gesto decidido y firme. Ahora disfrutemos de este mediodía radiante.

Y ambas se encaminaron hacia el faro, tomadas del brazo. Desde allí, divisaron en el horizonte el contorno difuminado de una isla caprichosa, que desde tiempos inmemorables, como los sueños, aparece y desaparece... «Abuela, ¿es posible que sea...?» –preguntó Auri con alborozo.

–Puede ser, mi niña –convino Aurora con mirada cómplice. Solo mueren la ilusión y los sueños cuando dejamos de creer en ellos





**JURADO DEL
XI CERTAMEN DE RELATOS BREVES MUJERES 2016**

PRESIDENTA

M^a Luisa Zamora Rodríguez

SECRETARIA

Ana Belén Crespo Rivera

VOCALES

M^a Dolores Serrano Niza

Carmen Gloria de la Rosa Moro

Juan Royo Iranzo

Javier Hernández Velázquez



*Susana Ramona Cruells
Ana Hernández Camacho
Noelia Verona Martel
Maria Cristina Alvarez Roque
Maria del Pilar Doñate Sanz
Margarita Ginoria Tena*



Santa Cruz de Tenerife
AYUNTAMIENTO

**SANTACRUZ**